
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
SILVER KANE
LA SOLEDAD DEL CORREDOR DE MUERTE

Ya no tuvo tiempo de nada más.

El golpe le envió por los aires.

Dio una vuelta de campana, se estrelló de cabeza contra un árbol y quedó espantosamente quieto, con un hilo de sangre en la sien izquierda. Mientras tanto el motorista hizo una finta sin perder el equilibrio lo que le acreditaba de excepcional conductor y se perdió entre el silencio de las colinas.

Los ojos del muerto estaban desencajados.

Pero ocurría en ellos algo muy extraño, algo que sólo un experto hubiera podido notar.

El miedo había sido sustituido por el asombro. Eso era lo que reflejaba la última expresión del muerto.

Asombro y horror a la vez, porque él había visto, en algún sitio, la cara de aquel motorista. La había visto justamente en un retrato al esmalte, en una de las lápidas del viejo cementerio.



Silver Kane

La soledad del corredor de muerte

Bolsilibros: Selección Terror - 278

ePub r1.1
xico_weno 31.08.15

Título original: *La soledad del corredor de muerte*
Silver Kane, 1978

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

Capítulo primero

El presidente se levantó y dijo:

—Y, ahora, honremos a nuestros muertos.

Vestía de negro.

Aunque era de día —justo las once de la mañana— la luz plomiza que entraba por los ventanales daba sensación de luz de atardecer. Una serie de sombras cárdenas llenaban el jardín. Desde lejos llegaban los sonidos del órgano que estaba funcionando en la capilla.

En aquel elegante ambiente donde todo quería ser moderno, había, sin embargo, algo que sobrecogía.

—Sí —dijo el presidente con voz levemente entrecortada—, nuestros muertos nos recuerdan.

Y tiró del cable para hacer correr la cortina negra que cubría el gran panel con los retratos. Éstos eran de gran tamaño y parecían presidir la sala.

Seis retratos.

Denis Kesley, fundador del club deportivo y muerto de una caída de caballo, cuando aún no había cumplido los cuarenta años.

Sue Layan, la gimnasta que llegó a participar en unas Olimpiadas y que murió en un accidente de aviación cuando regresaba de México.

Bob Armstrong, campeón de boxeo del club, que tuvo la desgracia de acabar sus días en un accidente estúpido. Tenía un pequeño tumor en el cerebro, que aún no le había dado ninguna molestia, y un golpe en el *ring* le produjo un coágulo de sangre que le ocasionó la muerte instantánea. Al hacerle la autopsia, descubrieron que el tumor era benigno y que no le hubiera pasado nada, sin la existencia del golpe.

Robert Tuc, corredor de fondo. Vencedor de la Marathon de Gran Bretaña, había querido, un día, hacer un sobre esfuerzo para

correr el campeonato mundial, cuando aún no estaba bien restablecido de una enfermedad. El fallo cardíaco le dejó seco en mitad del camino.

Stefan Rig, el mejor corredor motociclista del club, que se mató en el circuito cuando corría el Gran Premio de Londres.

Y, por fin, Albert Clerigan, que cerraba la fúnebre colección. También corredor de fondo, había sido un día atropellado por un turismo cuando se entrenaba por la carretera.

Todos aquellos muertos parecían contemplar, desde el Más Allá, la sala semivacía. Hasta ellos parecían llegar las notas del órgano que flotaban sobre los verdes campos del club. Y todos parecieron estremecerse cuando un veloz relámpago cruzó las colinas.

El presidente dijo, con voz opaca:

—Esta noche se celebrará un funeral por nuestros compañeros muertos en diversos accidentes, a lo largo de los últimos cinco años. Creo que ningún otro club de este país, entre los que trabajan en bien del deporte, ha tenido tantas víctimas. Les ruego a todos que asistan para honrar su memoria.

Hubo un unánime rumor de asentimiento.

El presidente añadió:

—Y ahora les presento al señor Leonard Korzoesky, del Comité Olímpico Internacional, quien les hablará, a lo largo de su conferencia, de las virtudes de nuestros compañeros muertos.

Un rayo volvió a cruzar por encima de las colinas.

Los acordes del órgano se extinguieron en la cercana capilla.

Joe Tommassio, que había entrado en la sala con su chándal de entrenamiento, vio que se estaba celebrando un acto cultural y se retiró en seguida, tras chamullar unas cuantas palabras de disculpa. Luego salió, del elegante edificio del club deportivo y en el principio del sendero que atravesaba las colinas se quitó el chándal para quedarse, simplemente, en zapatillas de corredor, camiseta y slip. Tenía una musculatura bien formada, aunque algo débil, y era delgado y alto, de largas piernas con fácil zancada. Se daban en él esas características ideales que hacen que un hombre sea un buen corredor de fondo, mientras que el hombre de peso y que corta el aire con un impulso inicial potente, es apto para la velocidad pura.

Joe Tommassio dejó aquellas prendas junto a una mesa donde más tarde tomaría el té e inició su entrenamiento cotidiano. Cinco

millas, colinas arriba y colinas abajo, bordeando el cementerio y alcanzando los lindes de la pequeña población de Schuster, donde había poco más que un *pub*, unas cuantas casas y una iglesia. En Schuster, puesto que las tierras circundantes eran pobres, no iban quedando más que unas cuantas viejas supersticiosas que iban cada día al cementerio y creían en los espíritus.

Hizo un par de ejercicios de respiración y luego se puso a correr.

Zancada larga, tranquila.

Los rayos seguían cruzando las colinas a lo lejos, pero era una tormenta seca y no había indicios de que fuese a llover. Una luz cárdena iba llenando los campos, haciendo resaltar las tapias del cementerio.

Joe llegó hasta allí, como todos los días.

Tranquilo, conservando bien el ritmo. Haciendo el esfuerzo justo.

Y entonces la puerta del cementerio se abrió.

Como ya había ocurrido otras dos veces, Robert Tuc y Albert Clerigan salieron. Los dos corredores de fondo cuyos retratos estaban en el panel mortuorio del club, bajaron por el sendero, vestidos con ropas de entrenamiento, y se pusieron a correr a su lado. El trío remontó una colina y desapareció.

Joe dijo:

—Buenos días, Robert. Buenos días, Albert.

Ninguno de los dos aparecidos contestó, pero hicieron un gesto de asentimiento.

Siguieron corriendo a su lado.

* * *

Cuando Joe Tommassio regresó al club, la tormenta seca había cesado y estaba empezando a llover a lo lejos. Fue directamente a la ducha, se vistió luego con prendas deportivas y tomó asiento ante la mesa donde había dejado su chándal, que un empleado se apresuró a recoger. Sobre la mesa, al abrigo del porche, humeaba ya la tetera.

Dos socios más se sentaron junto a él. Cerca de allí, en la pequeña iglesia del club, seguía sonando el órgano.

—¿Qué pasa, hoy? —Preguntó Joe mientras se ponía un cigarrillo en los labios—. La biblioteca estaba llena de tíos vestidos

de negro. El órgano de la iglesia no ha parado de sonar. ¿Puede saberse qué ocurre?

—Hoy es el día que el club dedica a honrar a sus muertos —dijo otro de los socios—. No sé si te has dado cuenta de que sus fotografías estaban en el gran panel central. Sue Layan, Denis Kesley, Robert Tuc, Albert Clerigan…

Joe Tommassio escuchó aquello distraído, como si la cosa no fuera con él. Encendió el cigarrillo, dejó transcurrir unos minutos mientras miraba distraídamente al vacío y luego susurró:

—Robert Tuc y Albert Clerigan me han dado recuerdos para el presidente. Han estado entrenando conmigo.

Y siguió mirando al vacío, con una perfecta indiferencia, mientras fumaba pensativamente.

CAPÍTULO II

Los tres hombres dejaron su coche en West Arrow, al oeste de la tranquila ciudad de Norwich. La zona de West Arrow es la más señorial de una ciudad señorial donde todo el mundo tiene sitio, donde hay grandes espacios verdes y donde los servicios de la ciudad se combinan con la serenidad del más tranquilo campo. Por eso el coche pudo quedar semioculto entre los gigantescos robles, sin que nadie se fijara en él.

Los tres hombres descendieron.

Debían rondar los veinticinco años y estaban en la plenitud de su fuerza. Los tres, a la vez, se subieron los altos cuellos de sus jerseys, para cubrirse las caras hasta los ojos.

—Allí.

—Vamos.

Dentro de la casa, relativamente aislada, había luz, aunque el edificio de una sola planta estaba rodeado por una grata sensación de soledad. Los tres hombres subieron rápidamente al porche y uno de ellos abrió la puerta.

Fácil.

Allí todo el mundo se conocía y por eso nadie usaba sistemas de seguridad. Los intrusos se encontraron, en seguida, en el vestíbulo.

Buena casa, aquélla.

Copas de oro y plata de todas clases. Hermosos trofeos deportivos que podían fundirse fácilmente y proporcionarían una respetable cantidad de libras. Seguro que también había alhajas en los cajones. En cuanto al dinero, les habían hablado de una caja fuerte muy fácil de abrir.

Los tres se repartieron el trabajo con una sola mirada.

Mientras uno de ellos cargaba las copas en un saco, el otro abría los cajones y extraía todo lo que le parecía de valor. Mientras tanto, un tercero abría la puerta del fondo.

Y la descubrió.
La muchacha estaba allí.
No se había dado cuenta de nada.
Se estaba calzando unos zapatos nuevos.
Por la postura en que se encontraba, con las faldas subidas hasta arriba, se le veían del todo las maravillosas piernas.
Ella alzó la cabeza.
Todo su hermoso cuerpo sufrió un espasmo.
—Pero… —balbució.
El tipo que acababa de entrar le propinó un culatazo en plena cara, haciéndola caer al suelo. La chica, que era joven y fuerte —una verdadera atleta—, dio una vuelta de campana en el aire, enseñando todo lo que tenía bajo la falda, y trató de llegar a la ventana para romperla con el peso de su cuerpo y salir fuera. Las casas de los vecinos estaban a unas cincuenta yardas, pero, aun así, podría pedir ayuda.
El hombre 110 se inmutó por eso.
Alzó la pistola con silenciador.
—Maldita… —dijo con voz ronca.
Vio el cuerpo de la chica, atravesar el aire.
Pero el disparo estaba muy bien calculado.
La cabeza de la muchacha sufrió una terrible sacudida cuando en la habitación sonó aquel taponazo.
La bala le acababa de penetrar por una sien, saliendo por la otra.
Su cuerpo salió despedido hacia un lado.
Chocó contra la pared.
Luego resbaló poco a poco, con las piernas abiertas, mientras sus ojos más abiertos aún miraban hacia un espantoso vacío.
Los dos hombres corrieron hacia la puerta. Sin la menor emoción, miraron el cadáver que aún resbalaba, poco a poco, sobre la pared.
El que acababa de disparar musitó:
—Menos protestas. Había dicho que, en caso de tener un tropiezo, no dejaríamos testigos.
—¿Y quién protesta? —Susurró el mayor de sus compañeros—. Lo único que digo es que mejor haberla dejado viva. Era muy bonita.
—¿Es que crees que hubiéramos tenido tiempo de divertirnos

con ella?

—Nadie lo habría oído —dijo el otro, con voz espesa—. Pero una muerta ya no nos sirve de nada. ¡Hala! A abrir, cuando antes, la caja fuerte. ¡Y largo de aquí!

Los tres se pusieron de nuevo en movimiento, obrando con la sincronización de los que tienen calculado cada paso.

Sobre West Arrow, ya envuelta en las primeras sombras de la noche, se abatió un espeso silencio.

* * *

El hombre estaba atravesando el camino vecinal, como hacía todas las tardes a la misma hora, cuando se detuvo a mirar a un lado y otro para observar si no venía ningún coche. El club deportivo estaba cerca y, a veces, los socios pasaban por allí con sus bólidos, sin respetar nada y creyendo que todo el camino era suyo.

Claro que normalmente por allí no pasaba nadie, excepto él mismo, y además siempre a la misma hora. De modo que echó una ojeada a las luces del club, que ya se habían encendido, y luego se dispuso a atravesar.

Fue entonces cuando oyó aquel sonido quejumbroso encima de su cabeza.

Era un sonido que sólo había oído cinco veces en su vida.

Las cinco veces en que la puerta del cementerio se abrió ante sus ojos, a causa de entierros a los que él asistió.

Ahora alzó la cabeza, sorprendido, y entonces vio algo muy sencillo y que, sin embargo, le pareció increíble. La verja del cementerio se estaba abriendo otra vez, ahora desde dentro, cosa que a aquella hora no había sucedido jamás, pues ya estaba cayendo de lleno el crepúsculo.

Y vio algo más sorprendente, aún.

Del cementerio estaba saliendo una moto.

La moto llevaba ya el faro encendido, y un hombre sin casco iba montado en ella. Debía de ser un corredor muy hábil, porque salió disparado de allí. Bajó la colina en cuyo alto estaba el cementerio para descender raudamente hasta el camino vecinal.

El hombre que atravesaba aquel sitio cada tarde a la misma hora, no entendía nada.

Pero el asombro que le dominaba se transformó bien pronto en

un sentimiento más inquietante y hostil: se transformó en horror. Porque el motorista venía a toda velocidad hacia él, y, además, le deslumbraba con su faro.

El hombre gritó:

—¡Eh! ¡Cuidado!

Ya no tuvo tiempo de nada más.

El golpe le envió por los aires.

Dio una vuelta de campana, se estrelló de cabeza contra un árbol y quedó espantosamente quieto, con un hilo de sangre en la sien izquierda. Mientras tanto el motorista hizo una finta sin perder el equilibrio —lo que le acreditaba de excepcional conductor— y se perdió entre el silencio de las colinas.

Los ojos del muerto estaban desencajados.

Pero ocurría en ellos algo muy extraño, algo que sólo un experto hubiera podido notar.

El miedo había sido sustituido por el asombro. Eso era lo que reflejaba la última expresión del muerto.

Asombro y horror a la vez, porque él había visto, en algún sitio, la cara de aquel motorista. La había visto justamente en un retrato al esmalte, en una de las lápidas del viejo cementerio.

CAPÍTULO III

El sargento de detectives Kinley, metido, de momento, en la rutinaria Brigada de Tráfico, vio cómo sus hombres tomaban las huellas de los neumáticos, medían las distancias y fotografiaban la posición del cadáver. Era lo de todos los días, pues, desgraciadamente, no habla jornada sin muertos en aquel área.

Bostezó disimuladamente, para que nadie notara lo aburrido que le resultaba aquello. Para él, lo que tenía que investigar era un accidente normal, de los que se dan con demasiada frecuencia cuando el culpable se asusta y se da a la fuga.

Con gesto de fastidio, murmuró:

—Seguro que la moto venía del club deportivo. Hay mucho señorito guapo allí; mucho tipo que se cree que es un campeón y apenas ha visto nunca dos ruedas juntas. Usted, Russell, vaya allí e interrogue a la gente. Seguro que ellos saben quién ha sido.

Russell, que era uno de los agentes que tomaban medidas, susurró:

—La moto no venía del club, sargento. Las huellas están muy claras, a causa de la humedad. Venía de otro sitio.

—¿De dónde?

—Del cementerio.

Kinley sintió ganas de reír.

Era absurdo.

Pero le bastó con mirar las puertas metálicas y ver que estaban abiertas, cuando normalmente debían haber estado cerradas a cal y canto. Se fijó, entonces, mejor, en las huellas y vio que, efectivamente, venían de allí.

Su rostro palideció por momentos.

De pronto se dio cuenta de que allí había algo que no entendía y que, probablemente, no acabaría de entender nunca.

—Russell, todo esto es absurdo —dijo—, pero, de todos modos,

suba al cementerio y vea si hay huellas, allí.

El agente subió.

La oscuridad se iba abatiendo rápidamente sobre las colinas.

En la capilla sonaba el órgano.

(¡Maldita sea! ¿Por qué en la capilla había de sonar, siempre, el órgano, cuando antes no sonaba nunca?).

El médico forense había terminado ya su examen y tenía una idea clara sobre la causa de la muerte. El delegado del juez pronunció la frase rutinaria:

—Procedan al levantamiento del cadáver.

Kinley tragó saliva.

De pronto cada vez le gustaba menos aquello, aunque no sabía por qué.

Una mano le rozó, entonces, la espalda.

Se volvió con un respingo. Era absurdo, pero se estaba poniendo nervioso.

Era el agente Stuart.

—Sargento, parece que hay un testigo del accidente.

—¿Quién?

—Este hombre. Dice que estaba pintando por aquí, muy cerca del bosque, cuando oyó el ruido de la moto y pudo verlo todo. Dice que reconocería al conductor si se encontrase con él, otra vez.

El sargento chascó dos dedos.

—¿Un pintor? —preguntó.

—Sí. Y por lo que he visto del cuadro que estaba haciendo, no es de los malos.

—Pues entonces tenemos suerte. Dígale que venga.

El fulano se acercó. Era un jubilado de esos que hacen en sus últimos años todas las cosas bonitas que no han podido hacer en toda su puñetera vida. Con la tela bajo el brazo, murmuró:

—Estoy dispuesto a ayudarle, sargento. No hay derecho a que esos locos sobre ruedas se conviertan, además, en criminales, dándose a la fuga.

—Claro que puede ayudarme —rezongó Kinley—. Si es usted pintor, debe de ser, también, al menos un pasable dibujante.

—Pché. No lo hago mal.

—¿Usted vio la cara del motorista?

—Fue todo muy rápido, pero la pude ver bastante bien porque lo

tuve a menos de diez yardas.

—¿Sería capaz de dibujarla? Quiero decir, ¿sería capaz de hacer una especie de retrato robot?

—Pues claro que sí. Cuando quiera.

—Entonces vamos al coche patrulla. La parte posterior es muy cómoda y podrá usted trabajar bien.

Se instalaron allí. El pintor utilizó, como soporte, una carpeta, y empezó a dibujar. En efecto, no era malo. Quizá incluso pudo llegar a ser un gran artista si no hubiera perdido su vida detrás de la persecución de un jornal, como casi todo el mundo.

—Mire, sargento, éste es.

—Hum… Está muy detallado…

—Ya le he dicho que lo vi bien.

—Gracias. La policía le está muy reconocida por su ayuda. Por favor, deje usted sus señas al agente que le ha acompañado, ya que quizá necesitemos su declaración otra vez.

El hombre, visiblemente halagado, porque aquello no dejaba de ser una aventura, se alejó. Kinley decidió, entonces, que sólo en un sitio podían conocer, quizá, al hombre cuyo retrato tenía en las manos: el club.

Por lo tanto, hizo a pie el camino y se dirigió hacia las instalaciones que brillaban en la penumbra. Un círculo de socios estaba charlando de sus pasadas hazañas deportivas en torno a una mesa donde humeaba el aroma de las pipas. Si algún sitio de las islas seguía conservando su aire británico tradicional, era aquél en el que el sargento Kinley estaba entrando como una sombra.

—Siento molestarles —dijo.

El presidente Ferguson le conocía. Sonrió.

—¡Hola, sargento! ¡Qué agradable sorpresa!… ¿Le trae por aquí ese accidente de tráfico del que hemos oído hablar? Si es así, debo decirle que el médico del club ha acudido en seguida por si podía hacer algo en favor de ese desgraciado, pero ya estaba muerto. En vista de eso, no se ha atrevido a tocar el cadáver y ha llamado a la policía.

—Desde luego. Ya sé que la llamada la hemos recibido de un médico.

—Aparte de eso, sargento, y por desgracia, ninguno de los socios ha sido testigo de nada. Por descontado que tampoco ninguno de

nuestros socios ha tenido la menor intervención en ese desdichado asunto.

Kinley farfulló:

—¿Ninguno de ellos tiene moto?

—¡Oh, claro que sí…! Usted no ignora, sargento, que aquí tenemos, precisamente, una sección de motorismo. Nuestras máquinas son todas «Norton» y tenemos nada menos que quince, pero durante todo el día de hoy han estado en el garaje.

—Le creo, por supuesto. No voy a molestarles, pero ahora permítanme una última pregunta que me puede ayudar mucho. Tengo un retrato-robot del culpable. ¿Han visto ustedes esta cara alguna vez?

Y puso el dibujo sobre la mesa.

Un denso silencio se hizo en torno a ésta.

Era un silencio cargado de presagios y que parecía helar el aire.

Hasta el humo de las pipas, flotando en el ambiente tranquilo, dio la sensación de haberse paralizado.

El presidente musitó:

—Oiga, sargento.

—¿Qué?

—Me sabe mal preguntárselo.

—Pregunte lo que sea.

—Pues ahí va: ¿este dibujo es una broma?

Kinley pestañeó.

—¿Por qué habría de serlo? —dijo.

—Porque es la única explicación que le encontramos, todos, aquí. Y, además, una broma de mal gusto.

—Oigan… Yo no he venido aquí a perder el tiempo ni a incomodar a nadie. Díganme qué pasa.

Uno de los socios, musitó:

—Sencillamente, que este hombre es Stefan Rig. Era Stefan Rig. Uno de nuestros socios, campeón motorista en el Gran Premio de Londres, una vez. Muerto en accidente sobre su máquina hace más de un año. Ése era.

* * *

El coche de reluciente color negro pasó ante la catedral de Norwich, una auténtica joya del gótico, y giró hacia la derecha para

seguir la calle comercial, marginando las casitas con jardín donde gente que vivía mucho mejor que en Londres se dedicaba a arreglar las plantas después de la jornada de trabajo. Aún había mucha luz, y en lo alto de los robles se ola trinar a los pájaros.

El hombre que iba sentado en la parte posterior del coche pensó: «Hermoso país».

Pero su mirada siguió perdida en el vacío.

Era un hombre de tinos treinta años, con las facciones rectas, firmes y duras. Tenía la tez morena y se adivinaba en él al tipo que ha practicado el deporte toda la vida. Normalmente debía ser de esos hombres que siempre están alegres porque tienen un sentido noble de la existencia, como si ésta fuese una competición donde siempre hubiera de ganar el mejor y donde no hubiese jugadores sucios. En el mundo aún quedan algunos tipos así.

Sin embargo, brillaba ahora, en sus ojos, una lucecita mortuoria. Algo había en el interior de aquel hombre que acababa de ser destruido para siempre.

El coche se detuvo ante la casa.

Hermoso jardín.

Soledad y calma.

Buen sitio para vivir, mientras la gente se atiza bocinazos en la gran ciudad, sin saber para qué. Buen sitio donde encontrar el sentido de la existencia.

El teniente Lugan, de Scotland Yard, que era el que había conducido, invitó:

—Puede bajar, Luc.

Luc Samoa bajó.

Su alta estatura cortó, un momento, la luz del sol mientras avanzaba por el jardín solitario. Más allá de éste se veía el porche que parecía hundido en el silencio. El teniente Lugan carraspeó.

—Allí.

La hermosa mujer descansaba sobre un charco de sangre coagulada. Seguía con los ojos y las piernas abiertas, aunque un policía había colocado un trozo de paño sobre el borde de la falda para que no se le viesen tanto las braguitas.

De todos modos, parecía esperar la caricia de un hombre.

Diríase que aún estaba viva.

Luc Samoa se detuvo en el centro de la habitación, como si un

imán le hubiera clavado los pies allí. Su rostro permaneció inexpresivo, pero hubo en su mandíbula una crispación que llegó a deformarlo. Las manos se abrieron convulsamente, varias veces, antes de que pudiese preguntar:

—¿Cuándo?

—Hace cinco horas. Hemos ido especialmente a buscarle a Londres para que pudiese identificar el cadáver y para que se haga cargo del mismo, si le parece. Creo que usted es la única persona que tenía relación con esta mujer.

—Sí.

—¿Qué relación, Luc?

—Íbamos a casarnos.

—¿Y por qué vivía ella en Norwich y usted en Londres?

—Los dos íbamos a vivir aquí —dijo Luc Samoa, con una voz sin matices—. He llegado a odiar Londres, ¿entiende? Y ella estaba acabando de instalar la casa.

El teniente hizo un gesto afirmativo, mientras paseaba una mirada atenta por los muchos detalles que, en efecto, aún estaban por terminar. Luego susurró:

—Usted representa varias marcas internacionales de motocicletas, ¿verdad, Luc?

—Sí. He sido corredor durante bastante tiempo y ahora llevo la gestión de ventas de la «Norton», la «Honda» y la «Harley-Davidson». Aquí tiene que haber muchos trofeos que estuve ganando hasta hace pocos años, y que…

De pronto se detuvo, asombrado. Sólo entonces se dio cuenta de que en los anaqueles no había ninguna copa. Otra vez su mandíbula tuvo aquella extraña crispación, aunque no dijo una palabra.

—El móvil del crimen ha sido el robo —explicó el teniente—, eso está claro. Se han llevado todo lo de valor, y, al parecer, las copas eran de gran valor.

—Algunas estaban hechas de oro puro —balbució Luc—, pero sólo una me importa de verdad. Sólo una de ellas he de recuperarla, sea como sea.

—¿Una? ¿Cuál?

—La que gané en el Gran Premio de Minneapolis, hace dos años. No sé si usted se ha interesado alguna vez por esas cosas, teniente, pero a lo largo de bastantes años se había desarrollado una gran

rivalidad entre Pinker y yo. Casi siempre acabábamos emparejados, y esa rivalidad llegó a ser tan grande, que puede decirse que se transformó en odio. Pero en Minneapolis, Pinker hizo una carrera mucho mejor que la mía. Iba en primer lugar con doscientas yardas de ventaja sobre mi máquina en la última vuelta, de modo que tenía que ganar forzosamente. Entonces tomó mal la curva que enlazaba con la recta final, a causa de un desgarrón en el que se transformó en odio. Pero en Minneapolis, Pinker quedó paralítico y, todavía hoy, tiene que desplazarse en una silla de ruedas. Aquello significó para él el fin de su vida y la entrada en el reino de la muerte. La carrera la gané yo, pero la copa siempre la he considerado suya. Se la quise entregar, la rechazó. Desde entonces la he guardado pero sabiendo que un día no muy lejano, cuando las cosas estuvieran calmadas, me la aceptaría. Tenía decidido llevársela, en mano, el día antes de mi boda… y de un modo u otro se la llevaré. Hacer esa entrega, es una cuestión de honor para mí.

Volvió la espalda poco a poco, mientras sus ojos se nublaban al dirigir una última mirada a la muerta.

—Me haré cargo del cadáver de Lilian —musitó—. Yo me ocuparé de todo. Entréguenmelo, cuando hayan terminado con la autopsia.

Fue hacia la puerta de la casa. Quería dar la sensación de tranquilidad, pero se notaba que estaba bajo los efectos de una insoportable tensión. Sus manos de abrían y cerraban convulsamente.

Lugan musitó:

—Oiga, Samoa.

—¿Algo más? —preguntó él, sin volverse.

—Lo siento… Su prometida era una mujer muy bonita. Encargaré al forense que respete su cuerpo al máximo.

—Bien. Pero dígale al forense que también tendrá otro trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Hacer la autopsia a los hombres que mataron a Lilian.

El teniente echó la cabeza para atrás.

—No debió decir eso, Luc —musitó.

—¿Por qué?

—Porque me obligará a vigilarlo.

—Vigíleme si quiere, teniente. Eso forma parte de su trabajo. La

venganza forma parte del mío.

—Comprendo sus sentimientos, Luc, pero es mi obligación decirle que existe una ley. Los asesinos la han vulnerado, y si usted la vulnera, se colocará a su nivel, un nivel en el que la justicia no hace distinciones. La misma condena que recaerá sobre ellos podría recaer sobre usted. No sé si me entiende.

—Sería delicioso… —dijo Luc, apretando los dientes.

—¿Delicioso? ¿El qué?

—Que nos condenaran a todos a la misma pena y debiéramos cumplirla en la misma celda. Sólo con contar lo que iba a pasar allí dentro, todos los periódicos del país aumentarían la tirada, puedo asegurárselo.

Y se alejó de la casa. Su alta figura se fue perdiendo entre los últimos rayos de sol, al fondo del jardín.

El teniente Lugan se pasó una mano por los ojos, con gesto de preocupación, mientras captaba el silencio que, de pronto, se había apoderado de la casa. Era un silencio hostil y siniestro, casi un silencio de cementerio.

Pero, días más tarde, llegaría a añorarlo. Días más tarde, al recordarlo, aquel silencio le parecería la paz, porque él no sabía, aún, que acababa de entrar en el reino de las pesadillas.

CAPÍTULO IV

El hombre puso las copas encima de la mesa y vio cómo el comprador contaba los billetes meticulosamente. Eran billetes usados de a cinco libras cada uno, como él había pedido. Se los pasaron con un suave gesto, y la voz susurró:

—Aquí están. Dos mil.

—¿Dos mil? —Gruñó el vendedor—. Habíamos dicho dos mil doscientas.

—Lo siento, Mark, pero hay una copa que no entra en el lote.

—¿Cuál?

—Ésta.

La señaló. Quizá era la mejor copa de oro que existía en el lote. Cederla por doscientas libras era un regalo, y por eso parecía mentira que el comprador no la quisiese.

—¿Qué pasa? —masculló—. ¿Estás loco? Casi te la había regalado. Doscientas libras no son nada por una obra de arte como ésta.

—Sí, pero tiene un inconveniente —dijo el comprador—. Yo comercio con objetos robados y he de ir a lo seguro, porque el riesgo es enorme. Esta copa lleva un esmalte con retrato de una persona y, además, una inscripción. Cualquiera podría identificarla fácilmente. Mira.

El que había disparado en la casa de Norwich miró, aunque ya sabía muy bien lo que iba a encontrar allí. El retrato al esmalte de un hombre joven y sonriente, y debajo la inscripción: Primer trofeo Stefan Rig.

—Fúndela —dijo—. Como oro te sirve.

—Si la fundo pierde bastante valor. En ese caso sólo podría darte cincuenta libras.

—Eres un hijo de zorra, John.

—Ya sé que lo soy, pero vivo de eso. Lo tomas o lo dejas.

El asesino retiró la copa con un gesto de asco.

—Prefiero comérmela. Te metes las cincuenta libras en el culo, John.

Metió el trofeo, junto con el dinero, en una bolsa de piel y salió de allí. Dobló la primera esquina de High Whitechapel Road y se metió en el coche que había aparcado a poca distancia, poniéndolo en marcha con una serie de gestos de malhumor que le hicieron parecer un novato.

Conrad Wey tenía motivos, en efecto, para no sentirse demasiado feliz. El botín del atraco de Norwich consistía en sólo dos mil libras, después de malvender todos los trofeos, menos uno. El dinero hallado en la caja fuerte ya se lo habían gastado, de modo que no lo contaba. Por otra parte, el trabajo les había acarreado unos gastos, de modo que no todo era beneficio.

Eso indicaba que tenían que afinar más. Cuando dieran otro golpe, sería preciso asegurarse mejor. Por lo demás, la muerte de la muchacha no le preocupaba, aunque estaba de acuerdo con sus compinches en que hubiera sido mejor divertirse un poco con ella, como otras veces habían hecho.

Tampoco la policía le preocupaba demasiado. Abolida, por el momento, la pena de muerte, las consecuencias de su crimen, en el caso de que les atrapasen, serían muy leves. Con los indultos y con las reducciones de pena, tan sólo unos pocos años de cárcel. Se podía correr el riesgo.

Pero eso no evitaba su mal humor, al haber obtenido tan poco provecho del botín. Realmente había sido un golpe mal calculado.

Sin embargo, mientras rodaba hacia el otro lado del Támesis, hacia las enormes construcciones de la Chelsea Power que están enfrente de Charing Cross, su gesto de fastidio se iba disolviendo. Al fin y al cabo le esperaba una tarde magnífica en compañía de Jackie, una americanita que llevaba dos años viviendo en Londres, y que, hasta la noche, practicaría toda clase de perversiones con él. Una mujer guapa y complaciente y dos mil libras en el bolsillo —aunque eso lo tuviera que repartir— no eran, al fin y al cabo, una perspectiva tan desdeñable.

Se metió en un callejón llamado Cross Lañe y se detuvo detrás de una furgoneta blanca, que estaba estacionada ante la casa a la cual él iba. La furgoneta estaba materialmente metida de espaldas

en los bajos de la casa, en una tienda por alquilar, donde seguramente había descargado algo, aunque eso a Conrad Wey no le importaba en absoluto.

Lo único que le importaba era lo que iba a encontrar en el piso primero, donde le esperaba la chica. Allí todo sería agradable.

Una cama, una suave música, unas cuantas copas, una mujer…

Usó el llavín que siempre llevaba encima y subió al primer piso por la estrecha escalera. Arriba había una luz. Normalmente Jackie, al oírle entrar, le esperaba sentada en lo alto de la barandilla, enseñándoselo todo, pero esta vez no compareció. Eso tampoco tenía demasiada importancia, porque la chica podía estar arreglándose en el lavabo. O quizá quería darle una sorpresa esperándole en el dormitorio, con una gran exhibición de cama.

Conrad lanzó una carcajada.

—¡Eh, Jackie!

Silencio.

Entró en el dormitorio.

Y entonces la vio.

De su garganta escapó una especie de murmullo de horror.

Su boca se llenó instantáneamente de una espuma blanca.

Porque la muerte estaba allí.

Sobre la cama.

Esperando.

Pero no era Jackie. Era… era un cadáver que le hizo lanzar, de nuevo, un sordo murmullo de horror.

Porque lo reconoció.

La muerta debía tener unos tres días.

No hedía aún, pero, en cambio, despedía un fuerte olor a formol, como si hubiese pasado todo ese tiempo en el depósito de cadáveres.

Sus ojos abiertos le miraban.

Eran unos ojos gelatinosos y que ya se estaban descomponiendo.

Pero los reconoció.

Los había visto mirándolo con horror, una vez.

Como reconoció, también, a la chica.

¡La misma a la que había matado en Norwich!

¡Y ahora estaba allí, a muchas millas de distancia!

¡En Londres!

¡Tendida en la cama de Jackie!

Conrad se llevó, un momento, las manos a la cara.

Sus rodillas fallaron. Estuvo a punto de caer, mientras hacía un esfuerzo tremendo para volver hacia atrás.

Y entonces oyó la risita en el otro lado de la casa.

Aquella risita débil y densa.

Oyó las pisadas.

Y las luces se apagaron, de pronto.

A pesar de que era media tarde, todas las cortinas estaban bajadas. No penetraba en la casa un resquicio de luz.

Conrad se volvió, poco a poco.

Las piernas se negaban a sostenerle. Tuvo que apoyarse en una de las jambas de la puerta porque ya ni siquiera sabía dónde estaba.

Y entonces notó la presencia.

La cara helada de la muerta se había pegado a la suya.

Las manos parecían buscarle.

La muerta… ¡estaba junto a él!

¡Le abrazaba!

Lanzando un gemido de horror, Conrad Wey salió al pasillo y trató de llegar hasta la escalera. Una vez allí, se sentiría seguro. De la escalera a la puerta de la casa no había más que un solo salto.

Además, en aquella zona había un poco de luz.

Eso era todo lo que él quería: huir de aquellas espantosas tinieblas. Huir de aquella pesadilla… ¡HUIR!

Pero la claridad turbia que flotaba al principio del pasillo sólo sirvió para aumentar su horror, para hacerle lanzar un grito que tema mucho de infrahumano.

Porque el hombre estaba allí.

Le esperaba.

Y lo reconoció perfectamente.

Era el mismo cuya cara estaba grabada al esmalte en la copa de oro. Era… ¡era Stefan Rig!

¡El muerto!

¡Y estaba allí!

¡Tendiendo las manos hacia él!

¡Lanzando una carcajada satánica!

Conrad intentó retroceder, pero las fuerzas le fallaron. Sabía que a su espalda estaba la muerta. La sensación de horror fue tan

intensa, tan aplastante que los pies se le clavaron en el suelo.

Y entonces Stefan Rig, avanzó.

Llevaba un cuchillo en su mano derecha.

De su garganta seguía escapando una risita lenta.

La hoja de acero se movió.

Conrad Wey lanzó apenas un gemido cuando aquella lengua metálica le abrió el cuerpo de arriba abajo. La sangre resbaló como un torrente. Las vísceras salieron a través de la espantosa herida.

Y la risita volvió a sonar. Mientras tanto, abajo, en los locales por alquilar de la planta inferior, la furgoneta que llevaba la inscripción de un club deportivo conocido en todo el país, runruneó cuando su motor se puso en marcha.

CAPÍTULO V

Luc Samoa retiró el cigarrillo de los labios, en la esquina norte de Russell Square, en el viejo Londres. Vio de soslayo cómo salía el hombre del hotel que ocupa el lugar preferente de la plaza, y con paso indiferente le siguió. Daba la sensación de ser uno de esos tipos desocupados que miran los escaparates para encontrar la última novedad en ropas, según la moda de Londres.

Pero nada tan lejos de la realidad. Luc Samoa tenía los músculos tensos y dispuestos a pasar a la acción. Su mirada concentrada y dura era la de un buitre. Por nada del mundo hubiese dejado escapar al tipo al que se había propuesto seguir.

Durante algunos minutos observó la espalda de aquel hombre mientras avanzaba por la concurrida calle, hasta llegar a la cercana estación de Metro de Leicester Square. Le vio bajar las escaleras y él se coló a su espalda.

Estuvieron en el mismo vagón.

El hombre que había salido poco antes del hotel Russell, no se fijó en él porque no le conocía. Leyendo un periódico distraídamente, cambió de línea en Picadilly Circus y descendió en South Kensington. Allí se puso a andar bajo las sombras de la noche, siguiendo la interminable línea de Hyde Park.

Luc Samoa le siguió a distancia. No quería, de ningún modo, que el otro se diera cuenta de que estaba tras él. Tuvo éxito en eso, ya que cuando el otro penetró en una pequeña casa de Notting Hill Gate no se había dado cuenta de que un tipo alto, de complexión atlética y mirada siniestra, venía tras sus pasos.

El hombre llamó a la puerta de una forma convenida.

Le abrieron.

La puerta se cerró un segundo después, pero los oídos de fiera al acecho de Luc Samoa, habían captado ya la forma especial de llamar. Al cabo de unos instantes, él repitió los mismos golpes.

Le abrieron igualmente.

El que le franqueó la entrada era un pájaro de unos treinta años, bajito, pero fornido, con una cierta facha de tener antepasados en el Sudeste asiático. En el mismo instante de abrir la puerta ya se dio cuenta de que no conocía al recién venido y de que aquello podía ser una trampa.

Por lo tanto, intentó cerrar. Pero estaba aún lejos de sospechar la clase de tipo que tenía enfrente.

Luc no le dio la menor oportunidad.

Inmediatamente le clavó un rodillazo en el bajo vientre, dejándole sin respiración. De una forma casi simultánea, le sujetó por el pelo y le echó la cabeza hacia adelante. Eso lo hizo con la mano izquierda, mientras la derecha la descargaba de flanco en un terrible golpe de karate.

Su enemigo cayó como un fardo. No estaba muerto, pero tenía las vértebras del cuello seriamente dislocadas. Tendría que llevar un corsé de yeso, al menos durante seis meses para poder volver a mover la cabeza.

Luc le arrebató la pistola que el tipo llevaba en su funda axilar y se la remetió entre la camisa y el pantalón. No pensaba usarla, pero quería prevenir cualquier sorpresa.

Vio una cortina, un poco más allá.

Y oyó voces, mientras un olor dulzón llegaba hasta él, desde el fondo del local. No cabía duda de que estaba en un fumadero clandestino de hierba. Y a aquella hora debía haber, al menos, media docena de clientes, a juzgar por el rumor apagado de las voces.

Descorrió la cortina.

Era lo que había pensado.

Hombres sentados en el suelo y con la mirada perdida.

Una vieja que, con un dedo, trazaba extraños dibujos en el aire, mientras sus ojos alucinados seguían movimientos que nadie más que ella podía ver.

Dos jovencitas que se dedicaban a extrañas manipulaciones.

Eso era todo. Todo lo que ocurría en centenares de otros fumaderos clandestinos que existen en las grandes ciudades. Pero nada de eso importaba a Luc Samoa, quien siguió adelante sin fijarse apenas en los fumadores y sin obtener por parte de éstos más

que algunas miradas de indiferencia.

Más allá había un corto pasillo.

Y al fondo una puerta.

Luc Samoa apretó los labios.

La empujó.

El tipo al que había seguido durante tanto tiempo estaba allí. Contaba un fajo de billetes, calmosamente. Cuando oyó que alguien entraba, debió creer que era uno de los empleados del local, porque dijo bruscamente:

—He pedido que nadie me molestara.

Luc le sujetó por la parte posterior del cuello.

—No vengo a molestarte, hermano —dijo, con suavidad—. Vengo a otra cosa.

Y empujó con todas sus fuerzas la cabeza del hombre. De una forma salvaje le aplastó la nariz contra el borde de la mesa.

Antes de que su enemigo se repusiera, repitió el golpe varias veces, hasta destrozarle la cara por completo. La sangre llenó la mesa y empezó a gotear los bordes, mientras el hombre perdía el conocimiento.

Cuando lo recobró poco después, pudo ver sentado frente a él a Luc Samoa. Tranquilo, impertérrito.

Luc Samoa había encendido un cigarrillo.

Musitó:

—¿Fumas?

El hombre, con la cara todavía completamente ensangrentada, aulló:

—¡Percyyyyyy!…

Había repetido aquel grito varias veces mientras le golpeaban, pero sin resultado alguno. Ahora Luc preguntó, con voz opaca:

—¿Sólo tienes ese empleado?

—Sólo ése. Es difícil en… encontrar gente de confianza.

—Pero, en realidad, tampoco necesitas más. Este fumadero lo lleváis personalmente entre tú y tus amigos, ¿verdad?

—¿Qué sabes tú de… de mis amigos?

—Nada, muchacho, nada… Tú tranquilo. Lo que quiero decirte, para evitarte molestias, es que Percy, tu empleado único, está sin sentido y con las vértebras cervicales medio rotas. No creo que se moleste en venir, por mucho que le llames. En cuanto a los

fumadores de ahí al lado, ya tienen bastante con sus propios problemas. Deben creer que eso de los golpes y los gritos es porque te has fumado una dosis demasiado fuerte.

Y añadió suavemente, mientras aplastaba la punta del cigarrillo sobre la propia sangre que llenaba la mesa:

—¿Nombre?

—¿Es que… no lo sabes?

—Todavía no.

—Me llamo… Anders.

—¿Y tus amigos?

—Conrad y Bart, pero no sé qué importan mis amigos, ahora.

Se sujetaba la nariz angustiosamente porque tenía la sensación de que se le iba a desprender. La costaba hablar.

—Claro que no importan, muchacho, claro que no… —Dijo Luc Samoa—. Sólo importas tú, hermano del alma.

—¿Tú… quién… eres?

—Me llamo Luc Samoa.

—Creo que te he oído… nombrar.

—Claro que sí, hermano. Fui un corredor motorista no del todo despreciable, hasta hace poco tiempo. Mi nombre y mi cara solían aparecer en las revistas deportivas que la gente lee en el Metro.

—¿Y por qué… es… estás aquí? No creo que tengas nada contra la droga. Éste es un negocio vul… vulgar. No vivimos de eso.

—Ya sé que no.

Anders se intranquilizaba cada vez más. Mientras se restañaba la sangre repitió la pregunta:

—¿Por qué estás aquí?

—Te he seguido.

—¿Desde dónde?

—Desde el hotel Russell.

Anders quedó helado. Sus párpados tuvieron una sacudida. Las manos necesitaron apoyarse en el borde de la mesa y se impregnaron aún más de sangre.

Bisbiseó:

—¿Por qué?

—Era una trampa.

—¿Una trampa pa… para qué?

—Para atraparte, hermano. Era el único sistema para que

cayeras de cuatro patas, si no eras demasiado inteligente. Yo suponía que las copas robadas las venderíais a un perista que os daría, por ellas, una suma casi ridícula. Por lo tanto, era casi seguro que guardaríais alguna para tratar de obtener un precio mejor… si se os daba la oportunidad de obtenerlo.

Anders estaba, ahora, pálido como un muerto.

Con una voz que no parecía la suya, dijo:

—Sigue.

—Por eso puse un anuncio recuadrado en el Times —dijo Luc Samoa—, con un *texto* más o menos parecido a éste: «Extranjero en viaje rápido, compraría trofeo deportivo inglés para colección particular. Intermediarios abstenerse. Sólo por dos días, pues debe partir hacia Varsovia. Trato rápido y serio». Es decir, toda una tentación. Os librabais de una de las copas robadas, que iría a parar al extranjero, y por lo tanto no sería hallada nunca más. Al mismo tiempo obteníais por ella un precio muy superior al que os pagaría el perista. Por si eso fuera poco, entre los peristas, suele investigar la policía, mientras que de un extranjero no sospecharía nadie. La cosa se presentaba tan redonda que caísteis en la trampa.

La voz había sonado metálica, fría y dura como una sentencia. Anders sintió que todo daba vueltas en torno suyo. Luc siguió:

—No resultaba nada difícil, para mí, contar con la ayuda de un amigo que se hiciese pasar por el extranjero, mientras yo vigilaba en el exterior del hotel. Al salir tú, mi amigo me hizo una seña desde la ventana y supe inmediatamente que ya tenía a mi hombre. Eso me ha permitido llegar hasta aquí.

Anders balbució:

—¿Eres un… un policía?

—No. A la policía ya no la teme nadie. Soy algo mucho peor.

—¿Qué?

—El hombre que iba a casarse con la chica a la que vosotros dejasteis seca.

Y disparó el puño derecho.

Sabía que Anders, a partir de aquel momento, iba a hacer un esfuerzo desesperado para tratar de huir.

Le aplastó dos veces la cara contra la pared. Anders se dejó caer al suelo, mientras sollozaba espasmódicamente.

Era un sucio cobarde.

Ahora imploraba como una mujer.

—Tengo derecho a un juicio… —barbotó—. No puedes matarme. Tengo derecho a un juicio legal…

—La mujer a la que matasteis, ¿tuvo derecho a un juicio? Dime… ¿le disteis un defensor?

Los dientes de Sanders rechinaron de rabia. Se daba cuenta de que iba a morir. En los ojos del hombre que estaba frente a él brillaba una lucecita que no parecía humana.

Y por eso, con todas sus fuerzas, intentó descargar un puñetazo al bajo vientre de su enemigo. Por la posición en que estaban los dos, era un golpe que no podía fallar.

Pero Luc Samoa se retiró a tiempo. No sólo esquivó el golpe, sino que su pie derecho salió disparado contra la cara de su enemigo.

Se oyó un seco golpe.

Y sonó un chasquido.

La cara de Anders parecía haberse partido en dos.

Luc le apuntó entonces fríamente.

Era como matar una alimaña.

No le importaba apretar el gatillo. La muerte de aquel bicho no le produciría la menor sensación.

Al menos eso era lo que pensaba, pero se equivocó. Hubo algo en el fondo de sí mismo que le traicionó en aquel momento. Se dio cuenta de que era incapaz de disparar contra un hombre que sollozaba, que se retorcía; una especie de despojo humano que no se podía defender.

No, eso no era justo.

Antiguo campeón motorista, Luc Samoa era, también, un abogado prestigioso. La vida le había enseñado a poner límites a sus actos, a respetar a la ley. Por lo tanto bajó la pistola, poco a poco.

—Voy a entregarte —dijo—. Tendrás un juicio legal, pero con una condición.

—Ha… haré lo que sea. No te arrepentirás de haber cumplido con la ley. ¡Haré lo que sea!

—Quiero saber dónde vive tu amigo Conrad.

—En… en Chelsea. La calle se llama Cross Lañe. La… la casa no tiene pérdida. Está al principio y, en los bajos, hay una tienda por alquilar. A… allí no vive Conrad, pero sí una amiga suya llamada

Jackie. Si no se le encuentra en la casa, Jackie sabe dónde se le puede encontrar.

Anders estaba lo bastante asustado para ser sincero, y Luc Samoa se dio cuenta de eso. Apretó los labios.

—¿Y Bart? —susurró.

—Lo encontrarás en un bar llamado Sue, junto a Saint Mary le Bow. Es un bar de tías y de maricas. Él va en el negocio, con el cincuenta por ciento.

—De acuerdo —dijo el joven—. En pie.

Anders se levantó. Daba la sensación de que seguía estando completamente hundido.

Pero Luc Samoa cometió un error al confiar en eso. Por un momento abandonó la vigilancia. Y entonces el golpe al bajo vientre que ya había podido esquivar una vez, le alcanzó de lleno.

Anders había levantado el pie derecho, con fuerza y una precisión, que Luc ya no esperaba. De repente el dolor pareció llegarle al fondo mismo del cerebro. El impacto había sido tan duro que le nubló la vista y le hizo tambalearse.

Pero eso no fue todo. Ahora se dio cuenta de que Percy, el guardián de las vértebras cervicales medio rotas, se había arrastrado hasta allí y estaba tras él. Con las dos manos enlazadas, le golpeó rabiosamente en la nuca.

Luc Samoa cayó como un fardo.

Por un momento perdió el mundo de vista. La pistola resbaló de entre sus dedos, mientras lanzaba un sordo gemido.

Anders se lanzó sobre ella.

Pero estaba listo, si pensaba que Luc había sido vencido. Cuando ya tenía la mano sobre la culata, una especie de guillotina de acero cayó sobre ella.

Aquella guillotina de acero había sido la derecha de Luc, cayendo de canto en un implacable golpe de karate. Se oyó un grito de dolor.

Y Anders retiró sus dedos como si los hubiese mordido una serpiente. A partir de aquel momento ya sólo pensó en huir.

Corrió como un loco hacia la salida.

Ahora que tenía la libertad al alcance de la mano, no iba a perder esa oportunidad.

Percy, que había tratado de cazar vivo a Luc por creer que eso

era lo que le convenía a su jefe, sacó, ahora, la pistola que llevaba en su funda axilar. Pero fue el último gesto de su vida.

El golpe de karate que recibió ahora le dio de lleno en la parte anterior del cuello. Las vértebras cervicales, que ya estaban terriblemente castigadas por el impacto anterior, saltaron como un muelle que se rompe.

La cabeza cayó a un lado.

Ya no había nada que la sostuviera. Los ojos quedaron espantosamente blancos.

Luc Samoa ahogó una maldición.

No iba a perder un segundo.

Saltó materialmente por entre los fumadores tendidos en el suelo, pero uno de ellos le hizo la zancadilla, quizá sin darse cuenta de lo que aquello significaba. Luc rodó por tierra y se estrelló contra la pared.

Aunque se incorporó inmediatamente, había perdido unos segundos preciosos. Cuando salió a la calle, ya no se distinguía el menor rastro de Anders.

Los puños de Luc Samoa crujieron. Echó a correr, pensando que aún podía alcanzar al fugitivo.

Pero ya era inútil. Parecía como si Londres se lo hubiera tragado, como si se lo hubiese engullido la niebla.

CAPÍTULO VI

Pero no todo estaba perdido. Aunque uno de los culpables acababa de escapar, Luc Samoa conocía las direcciones de otros dos. Y aún podía desearles felices fiestas si se movía a tiempo, antes de que el fugitivo les telefonease.

Había de moverse rápido.

Por razones de proximidad, escogió Cross Lañe. Iría a hacer una visita de cortesía a Conrad.

Pero, cuando llegó allí, tuvo una de las sorpresas más violentas de su vida.

Había una ambulancia detenida ante la casa. Los policías mantenían a raya a un grupo de curiosos.

No permitían acercarse a nadie, pero Luc tuvo suerte en un detalle. El sargento que mandaba el grupo había sido alumno suyo en la Escuela de Motorismo de la policía.

Luc susurró:

—William…

El sargento se volvió hacia él.

—¡Ah, hola, señor Samoa…! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Pasaba, usted, casualmente por aquí?

—No. Precisamente venía a ver al hombre que vivía en esta casa. Se trataba de… de una moto vendida a plazos.

—Sí, ya sé que usted es representante de grandes marcas… ¿Pero por qué le envían a visitar clientes de tan poca monta?

—Éste nos habló de la posibilidad de una serie de compras. Quería saber, personalmente, qué había de cierto en ello.

—Bueno, pues esas compras ya no van a ser realidad, señor Samoa. Al tipo lo han trincado. Está abierto en canal de arriba abajo.

—Diablos… ¿Y la mujer que vivía con él?

Luc acababa de recordar que Anders le había hablado de una

amiguita; un tal Jackie.

—La hemos encontrado amordazada y drogada en un rincón de la tienda que está por alquilar. No se acuerda de nada. Pero por el hematoma que tiene en la cabeza, se nota que le dieron un golpe por la espalda y luego le inyectaron mandanga hasta dejarla para el arrastre. Se salvará, desde luego, pero va a necesitar una cura de desintoxicación, de dos semanas.

—Entonces, si sólo han matado a un hombre, ¿qué hace ese otro cadáver, ahí? —preguntó Luc suavemente.

Porque, en efecto, los camilleros sacaban un segundo cuerpo cubierto con una manta. El sargento hizo un gesto dubitativo, mientras susurraba:

—No tiene sentido.

—¿Qué es lo que no tiene sentido, William?

—Esa mujer…

—¿Cuál?

—Ese segundo cadáver que están sacando… Está claro que llevaba muerta varios días. En ese caso, ¿cómo pudo entrar aquí? ¿Y quién infiernos la ha traído? ¿Quién la desenterró?

Los párpados de Luc sufrieron una sacudida.

—¿Cómo sabe que la habían desenterrado? —musitó.

—Es una suposición. Si llevaba varios días muerta y su cuerpo no estaba congelado, es seguro que la habían metido en un ataúd y llevado al cementerio. Lo curioso es que antes le habían hecho la autopsia, y, además, el cuerpo presenta el orificio de una bala. Sin duda se trata de una mujer asesinada. ¿Pero por qué está aquí?

Luc Samoa musitó:

—Sí… Es extraño. ¿Me permite un momento, William?

Y alzó levemente la manta que cubría aquel rostro.

Fue entonces cuando su mano tembló en un espasmo.

Fue entonces cuando sus rodillas vacilaron unos segundos.

Cuando se desencajaron sus ojos.

Porque había visto algo que nunca llegó a imaginar. Porque había visto algo que no tenía sentido, a no mediar allí un poder sobrenatural. Porque la cara ya marcada por la descomposición, que tenía delante suyo, era la de… ¡La de la mujer que él amó! ¡La de Lilian!…

* * *

A aquella hora empezaba ya a haber más chicas que maricas, en el bar. El elemento femenino predominaba. Algunas de las prostitutas jóvenes llevaban sucios tejanos que les hacían perder todo atractivo, mientras algunas, todavía más sucias, se rascaban la roña de las orejas. Sólo un par de cortesanas algo pulcras vestidas decentemente estaban en un rincón. Las demás parecían miembros de un grupo punk, tanta era la porquería que llevaban encima.

En cuanto a los maricas, se deslizaban lánguidamente de un lado a otro, acariciándose entre ellos las melenas teñidas, y dirigiendo miradas insistentes a los clientes que no acababan de decidirse. La mezcla de prostitutas y de prostitutos creaba un conjunto casi irreal, un conjunto que flotaba entre el humo de los cigarrillos, los efluvios del alcohol, la música estridente del tocadiscos automático…

El teléfono, a un lado del bar, sonó en medio de toda aquella turbamulta. Uno de los camareros lo tomó.

Luego se volvió hacia el dueño, que pasaba cuentas a un lado de la barra.

—Eh, Bart, es para ti —dijo.

—¿Quién?

—Anders. Y parece muy excitado.

Bart tomó el auricular de mala gana.

—Te dije que no me llamaras aquí, imbécil —mascullló en voz baja—. Acordamos que durante una temporada íbamos a hacer vida normal.

—Es que están ocurriendo cosas graves, Bart. Por favor, escúchame.

Anders hablaba entrecortadamente. Daba la sensación de haber estado corriendo durante mucho tiempo, sin haber podido recuperar el aliento, aún.

—Te escucho. ¿Qué pasa?

—Han matado a Conrad. He llamado a casa de Jackie, donde se le puede encontrar, y me ha contestado un policía. No me ha dicho que le hubiesen matado, pero por la forma de sonsacarme y alargar la conversación sin soltar prenda, mientras localizaban la llamada, me he dado cuenta de lo que ocurría. Entonces he colgado y he ido hacia allí, pero sólo para observar a distancia. Todo lo que he podido ver, ha sido una ambulancia que se llevaba dos cuerpos. Y uno de los que estaban en el grupo era…, ¡era el hombre que había

tratado de matarme a mí!

El auricular tembló un momento entre los dedos de Bart.

—¿Es que a ti también han… tratado de matarte, Anders?

—Sí… Un tipo que parece que era el novio de la mujer que nos cargamos en Norwich. No, no te preocupes, nadie me oye, aquí… Eso significa que en cualquier momento puede venir a por ti.

—¿Le diste mi dirección?

—No tuve más remedio.

—¡Hijo de…!

—Por eso te aviso, idiota. Ponte en movimiento y no pasará nada. Seguro que aquel buitre había ido en línea recta a cargarse a Conrad, pero cuando llegó se dio cuenta de que alguien se le había adelantado y ya estaba muerto. Ahora es seguro que vendrá a por ti sin pérdida de tiempo.

—¿Dices que…, que alguien se le había adelantado? ¿Quién?

—No lo sé ni me importa. Puede que Conrad tuviese enemigos de los que nosotros no sabemos nada. Pero ése es otro asunto, Bart.

—Entonces debo largarme cuanto antes… Lo malo es que todos los escondites los puede localizar fácilmente la policía y…

—No te preocupes. Huiremos los dos.

—¿Adónde?

—No importa. Podemos irnos a Escocia, a donde sea… Acabo de robar un coche y lo tengo justo al lado de la cabina desde la que te telefoneo… Sí… Hay un tipo que está esperando para hablar él, cuando yo termine, pero no puede oírme. ¡Tú tranquilo, maldito seas…! La situación es peligrosa, pero no nos desbordará. Pasaré a buscarte dentro de un momento.

—De acuerdo.

—Recoge dinero y aguarda en la misma puerta. Puedo tardar diez minutos, como máximo. Y ojo a lo que sucede.

—Yo nunca me descuido, Anders.

Colgaron los dos a la vez.

Bart dio un manotazo en el trasero a una chica que le cortaba el paso, fue a la caja, se apoderó de todo lo que había y salió a la calle. El miedo le dominaba de tal modo, que su mandíbula estaba temblando, aunque él no llegaba a darse cuenta.

Pero tuvo suerte.

No habían pasado aún cinco minutos cuando un coche se detuvo

ante el bar Sue. El hombre que iba al volante hizo una seña.

—¡Eh, Bart! —dijo, llamándole por su nombre.

Era un desconocido, pero Bart se acercó, mientras palpaba el bulto que formaba la funda axilar debajo de su americana. Con aquel quitapenas a mano, no tenía miedo a nadie.

Pero además el desconocido le infundió confianza en seguida. Mientras entreabría la portezuela dijo:

—Tú has hablado hace un momento con Anders.

—Sí…

—Te ha dicho que disponía de un coche y que le esperases.

—Naturalmente. Eso es lo que estoy haciendo.

—Muy bien. Éste es el coche, pero él no ha podido venir. Me ha pedido que te lleve a un sitio donde podréis reuniros y donde estaréis seguros.

—¿Y tú quién eres?

—Amigo suyo. Siempre que ha necesitado robar un coche, ha tenido que contar con mi ayuda. Vamos…, ¿entras o no? ¿O esperas a que venga el tipo que ha tratado de cargarse a Anders?

Aquel dato indicó a Bart que el desconocido estaba al tanto de toda su conversación. Fue eso lo que le dio una inmediata confianza.

—Vamos —dijo.

Subió.

Los dos abandonaron Londres a buena velocidad, tomando la carretera que conduce a Dover. Los paisajes tranquilos, casi lánguidos, intensamente verdes, del País de Gales, desfilaban ante sus ojos sin que Bart se diera cuenta. Aquella belleza no existía para su sensibilidad, que era tan sólo la sensibilidad de un animal en peligro.

—¿Adónde me llevas? —preguntó al cabo de un largo rato, cuando ya habían dejado Londres muy atrás.

—Te lo he dicho: a un lugar seguro.

—¿Qué lugar es ése?

—Hay gente distinguida allí. Nadie sospechará que dos hombres como vosotros estén en una compañía semejante.

—¿Lejos?

—No. Dos horas.

—¿Y cómo ha podido encontrar Anders ese sitio? Él no se ha

relacionado, jamás, con eso que tú llamas gente distinguida.
—Es un escondite que le he proporcionado yo.
—Parecéis teneros mucha confianza… ¿Y cómo es que él nunca me ha hablado de ti?
—¿No lo ha hecho? —preguntó el otro, sorprendido.
Bart le clavó la pistola en el hígado.
—No —susurró—. Nunca.
El otro no se inmutó. Continuó conduciendo, mientras decía con voz perfectamente opaca:
—Quita ese petardo de ahí, idiota.
—Es sólo para que sepas que no soy idiota. Si tratas de engañarme, será la última cosa que hagas en tu cochina vida.
—¿Y por qué iba a tratar de engañarte? ¿Qué gano yo con eso? Además, pronto verás a Anders.
—¿Dónde?
—En el sitio donde os ocultaréis los dos. Parece mentira que no hayas comprendido que es mejor ir separados, buscándoos como os busca la policía.
Bart retiró la pistola, poco a poco.
—Eso es cierto —dijo.
Pero se mantuvo vigilante mientras el otro conducía. Ni por un momento descuidó la guardia.
Hora y media después llegaron a un lugar apacible, entre los prados, pasando junto a una colina en cuya cima había un pequeño cementerio. También había un pequeño bosque y todo daba una tonificante sensación de paz, de reposo, de seguridad incluso. Hasta un tipo como Bart sintió, no supo bien por qué, que aquél era un lugar completamente seguro.
El lugar de preferencia lo ocupaba un club deportivo.
Tenía un aspecto distinguido y agradable. Baba la sensación de ser un lugar para gente rica.
—Por supuesto que nadie nos buscará ahí —susurró.
—De todos modos no estaréis en ese club.
—¿Pues dónde?
—Muy cerca. Entra, para que veas el ambiente. Tienes que convencerte de que ahí no existe ningún peligro y, además, debes conocer el terreno que pisas.
Frenó y se apearon los dos. Más allá de la entrada había un bar

donde algunos socios tomaban una copa y hablaban de sus pasadas hazañas deportivas. Se veía poca concurrencia a aquella hora. No se distinguía, ni remotamente, a nadie que tuviera aspecto de ser policía.

El hombre que le había conducido hasta allí, dijo:

—Te mostraré la sala de actos.

—Era una especie de auditórium de primera calidad, con bien tapizadas butacas y una gran tribuna para los oradores. Detrás de esa tribuna existían unas pesadas cortinas de terciopelo que estaban corridas.

El hombre movió un resorte.

Las cortinas se deslizaron poco a poco, con un runruneo, hasta dejar al descubierto la pared que había detrás. De esa pared colgaban unos grandes cuadros, todos iguales, representando a hombres jóvenes.

Bart gruñó:

—¿Qué es esto?

—Ya te lo he dicho: la sala de actos.

—¿Y esos tipos?

—Muertos.

—¿Queeeé…?

—No te pongas nervioso, hombre. Son socios distinguidos, socios que murieron en diversos accidentes y de cuyos trámites de entierro y todo lo demás, se ocupó el club. Una vez al año, se les dedica tana velada necrológica.

—¿Y a mí qué me importa eso?

—Nada, ya lo sé, pero era para que conocieras bien el lugar, porque ya te he dicho que viviréis cerca.

—Pues continúa enseñándomelo. Y llévame junto a Anders.

—En seguida.

Le mostró someramente los vestuarios, las pistas deportivas y la biblioteca. No se veía apenas a nadie, por allí. Daba la sensación de que el club estaba animado a horas muy distintas de aquélla.

Pero la sensación de seguridad aumentaba para Bart. Se sentía perfectamente bien allí, cada vez más convencido de que en un sitio semejante no les buscaría nunca la bofia.

Su acompañante le señaló entonces la salida.

—Ya te he dicho que viviréis cerca de aquí —dijo—, pero no

exactamente en los edificios del club. Hay cerca otro sitio mucho más discreto.

—¿Qué sitio?

—El cementerio.

Bart tuvo un leve estremecimiento.

—No me gustan los cementerios —gruñó.

—Pero son ideales para esconderse, sobre todo si se trata de viejos sitios donde ya no se entierra a nadie. Además, hay allí una casa confortable, que perteneció al antiguo guarda. No vas a tener ningún problema.

—Entonces vamos allí de una maldita vez. Cuanto antes, mejor.

Saliendo de los terrenos del club, fueron a pie hacia el cercano cementerio. Todo era tranquilo, silencioso y apacible allí, como si el tiempo se hubiera detenido. Remontaron la colina hasta empujar la verja, que estaba entreabierta.

Y entonces vieron a los que trabajaban en una fosa.

Eran seis hombres.

Se encontraban de espaldas a la puerta, pero trabajaban activamente para dejar libre el espacio que ocuparía el ataúd. Bart apretó los labios y luego hizo un gesto de sorpresa para gruñir:

—¿No me has dicho que aquí ya no enterraban a nadie?

—Claro que no entierran a nadie, pero puede tratarse de un caso aislado, como, por ejemplo, un traslado de restos. Ven. La casa está allí.

En efecto, se distinguía una vivienda de piedra al fondo, un edificio gris que tenía un cierto aire tétrico a la luz del día, y que durante la noche debía resultar estremecedor. Pero Bart pensó que es natural que uno encuentre cosas así en un cementerio.

Fue a pasar junto a los hombres que trabajaban.

Y entonces éstos se volvieron.

Todos a la vez.

Bart los miró.

Y sintió qué se le helaba la sangre en las venas.

Que los pies se le clavaban en el suelo.

Porque él conocía a aquellos seis hombres. No había tenido tiempo de olvidarlos. Había visto sus rostros en los solemnes retratos de la sala de actos.

Eran ellos. Los…

… ¡Los muertos…!

CAPÍTULO VII

Todos le miraban fijamente. Había en todos aquellos rostros de mirada estática una sonrisa helada.

Vistos así, en el cementerio, todos juntos, sonriendo de aquel modo, los muertos causaban una indefinible sensación de horror. Incluso resultaban más macabros a la luz del día que de noche.

Bart pudo reaccionar, al fin. Pensó que nada de aquello tenía sentido. Con un hilo de voz preguntó:

—¿Pero… qué es esto?

—Sencillamente, una colección de cadáveres —dijo el que estaba más cerca—. Todos esperamos que no dudes de nuestra autenticidad.

—No…, no puede ser. Es una broma…

—¿Tú crees que un club tan serio como éste gastaría bromas, amigo? ¿Piensas que figuraríamos en el cuadro de honor de los muertos, si no estuviéramos muertos realmente? ¿No te das cuenta de que acabas de atravesar las fronteras del Más Allá?

La sangre parecía no circular por las venas de Bart.

Y la sensación de lo absurdo le dominó. ¿O quizá no era la sensación de lo absurdo? ¿No había oído casos de personas que, de repente, se sentían trasladadas a otro planeta u otra dimensión? ¿No ocurren cosas inexplicables que luego resultan ser ciertas? ¿O quizá aquello era, sencillamente, un maldito sueño?

Se tocó el cuerpo.

Sí. Su cuerpo era sólido y estaba allí. No soñaba. Pero de pronto le parecía estar flotando en el espacio.

Porque los muertos se acercaban a él.

Con sus sonrisas heladas.

Con sus zarpas.

Porque aquella legión del infierno le rodeaba y le sometía a un espantoso cerco. Porque sus manos, que parecían venir del otro

mundo…, ¡ya estaban allí!

Bart intentó volverse, intentó huir, mientras lanzaba un grito.

Pero ya nada de eso sirvió. Eran siete los hombres que le sujetaban a un tiempo, incluido el que le había traído allí. Le arrastraban hacia la fosa, con una fuerza irresistible.

Sus ojos se desorbitaron.

Bart lanzó un grito ronco, un alarido que se perdió en el vacío de los campos. Si alguien lo escuchó, no hizo maldito caso.

Dos golpes en la nuca dejaron sin sentido a Bart.

En eso, los verdugos fueron compasivos con él. Impidieron que se diese cuenta de que le estaban enterrando vivo. No llegaría a recobrar el conocimiento jamás, porque las paladas de tierra le irían ahogando, antes poco a poco.

Su cuerpo cayó al fondo de la fosa.

Y la tierra lo tapó poco a poco, hasta cubrirlo. Instantes después, los siete hombres pusieron encima la lápida que habían retirado antes, y que llevaba el nombre de una mujer, muerta doscientos años antes.

Nadie hurgaría, jamás, allí; nadie sentiría la curiosidad de visitar aquella tumba.

Olvido eterno para los restos de Bart.

Olvido eterno para sus gusanos.

* * *

Horas antes, al salir de la cabina telefónica, desde la cual había avisado a Bart, el fugitivo Anders había tenido una sensación muy extraña. Porque el hombre que esperaba a que él terminase de hablar para entrar, a su vez, en la cabina, había desaparecido. Quizá se había cansado, pero sin embargo Anders se dio cuenta de que las cosas no eran normales porque pudo darse cuenta de que había una cosa muy rara, adherida aún al cristal de la cabina. Parecía como si se tratase de una ventosa.

Quizá otro hombre no se hubiera fijado en ninguno de aquellos detalles, pero Anders era el autor de varios asesinatos y estaba permanentemente en guardia. Por eso tendió su derecha hacia aquella especie de ventosa y la despegó del cristal. Lo que vio le hizo lanzar un gruñido.

Porque aquella especie de ventosa contenía, en su interior, un

micro de alta sensibilidad, el cual había quedado, por lo tanto, pegado al cristal. La colocación de un simple hilo de escucha —lo único que había desaparecido— habría permitido, sin duda oír al hombre que estaba fuera de la cabina todo lo que él decía dentro de ella.

¿Para qué?

La cosa podía estar muy clara.

¡Habiendo escuchado toda la conversación, podían meter en una encerrona a Bart!

¡Y esa encerrona también le alcanzaría a él!

De pronto, Anders supo que estaba perdido sin remedio. Se sintió sacudido por el más absoluto horror.

Tenía cerca de allí el coche robado en el que pensaba ir a buscar a Bart al Sue, pero cambió de propósito. No podía arriesgarse a ir allí, ya que seguramente también le estarían esperando.

Subió al coche, encajó otra vez los hilos del puente que había hecho al robarlo y oyó un leve crujido. Entonces se dio cuenta, en fracciones de segundo, de lo que se le había preparado allí.

Sus reflejos funcionaron.

Al menos, tuvo suerte en eso.

Saltó del coche con la rapidez de un gato y rodó por tierra justo en el instante en que la pequeña bomba incendiaria estallaba en el interior. Como la tenía colocada casi en el cambio de marchas, sin duda le hubiera abrasado por completo sin causar daños a los que estuvieran fuera del coche.

Anders lanzó un grito de miedo.

Todo el interior del coche se había convertido en un infierno, aunque quedaba tiempo antes de que estallase el depósito de gasolina. Un par de taxistas que tenían sus vehículos allí cerca, corrieron con sus extintores mientras la calle se llenaba de gritos.

Anders echó a correr alocadamente.

No podía arriesgarse a que le encontraran allí. Mientras el incendio del coche era apagado, él pensó que, ahora, su cuerpo hubiera debido estar reducido a cenizas. Sólo su fantástica velocidad de reflejos le había salvado.

¿Pero hasta cuándo…?

Tenía la sensación de que cien ojos misteriosos le espiaban desde el aire, y eso le hizo comprender que debía alejarse de Londres a

toda velocidad. Si no obraba con rapidez, estaba perdido.

Pero no se atrevía a robar otro coche, porque la sensación de que le vigilaban era demasiado fuerte. La única persona que podía sacarle de Londres sin que nadie lo notase, era Grover, quien tenía una furgoneta de reparto de periódicos y salía todas las noches hacia las comarcas para dejar la prensa en las pequeñas poblaciones. Viajando dentro de esa furgoneta, no había peligro alguno.

Grover tenía un gimnasio en la zona de Kensington, camino del aeropuerto de Heathrow, y a esa hora el gimnasio estaría vacío. Era, por lo tanto, el mejor momento para ponerse de acuerdo con él.

Tomó un taxi y se hizo conducir hasta la estación de South Kensington. Desde allí fue a pie, a lo largo de pequeñas calles donde parecían alinearse todos los anticuarios de Londres. En el fondo de una plaza con dos árboles centenarios, estaba el gimnasio, que ocupaba los locales de un almacén a punto de ser derruido. Todo tenía, allí, un cierto aire de provisionalidad y de tristeza, más para un tipo como Anders, aquello significaba haber llegado a buen puerto.

Se metió en el gimnasio. Grover tenía que estar allí, porque vio en la puerta su coche y su moto, una soberbia «Honda» de mil centímetros cúbicos. El coche, nada despreciable, era un «Austin» deportivo. Grover, que era soltero, se gastaba toda su pasta en caprichos relacionados con el motor.

En efecto, lo encontró allí. Vestido con un chándal de entrenamiento, colocaba las pesas en su sitio, desplazándolas fácilmente con su impresionante musculatura. Al ver a Anders, guiñó un ojo.

—¿Qué?, ¿algún golpe en perspectiva? —preguntó.

—No, Grover, ahora no tengo nada para ti.

—Pues yo ya tenía ganas de trabajar con vosotros. La última vez me dejó muy buen sabor de boca aquella muchachita que nos llevamos. ¿Cómo se llamaba…?

—¿Y eso qué importa? De los nombres de las mujeres, procuro no acordarme jamás.

—Pero, al menos, me dirás qué fue de ella. ¿Dónde la dejasteis?

—La lanzamos a la carretera —dijo Anders, con un gruñido.

—¿Por qué?

—Estaba muerta.

Grover hizo crujir sus dedos de gigante.

—Vosotros siempre os sacudís los líos de encima, ¿eh?

—Es lo mejor. Y no me vengas con monsergas, ahora.

—No vengo con monsergas a nadie. Yo sólo digo que me gustaría otra muchachita como aquélla. ¿Qué? ¿No tenéis preparado nada?

—Todo lo contrario. Dimos un golpe en Norwich buscando terrenos de actuación nuevos, pero salió mal. Matamos a una mujer, y el botín fue escaso.

—Vosotros siempre con el gatillo fácil, Anders.

—¿Y qué? No me arrepiento de eso. Sabes perfectamente que lo mejor es no dejar testigos a la espalda. Pero lo que no esperábamos es que alguien tuviera, de pronto, tanto interés en vengar a esa chica.

—¿Qué pasa? ¿Tienes que huir, Anders?

—Sí.

—¿Qué pasa con Conrad y con Bart?

—Conrad ha muerto. Me temo que a Bart le vaya a suceder lo mismo.

—In… infiernos.

—Tienes que ayudarme, Grover. Tú eres el único que puede sacarme de Londres sin que haya ningún problema.

—¿En la furgoneta?

—Sí.

—Cuenta con ello. No hay ningún problema. Espera aquí, hasta la noche, y entonces saldremos los dos.

Anders lanzó un suspiro de alivio.

Por fin empezaba a sentirse liberado de aquella pesadilla.

Puso un cigarrillo en sus labios y se dirigió hacia la habitación contigua, que era una sala de masaje donde Grover tenía unas cuantas bebidas. Abrió el armario y fue a empinar el codo.

Entonces la voz le preguntó:

—¿No lo quiere con soda, señor?

Anders se volvió, de pronto.

Y el *whisky* que tenía en la boca salió disparado de pronto. Su respiración se hizo espasmódica.

Porque el hombre que tenía delante era…, ¡era el maldito buitre

del fumadero clandestino! ¡Era el que había matado a Percy! ¡Y el que quería vengar a la muchacha de Norwich!

Pero no entendía cómo podía estar allí. Todo aquello seguía teniendo el aspecto de una irreal pesadilla. Era…, ¡era imposible!

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Luc Samoa dijo:

—Eres una rata asquerosa, Anders, pero todo tiene su explicación. Cuando tú lograste escapar del fumadero, yo volví un momento para registrar tus papeles y pude encontrar dos direcciones que me llamaron la atención. Una de ellas era ésta.

Anders sufrió un espasmo.

La cosa estaba clara.

Tan clara como que iba a morir.

Su mano derecha se movió fulminantemente mientras de la manga derecha brotaba la lengua de acero de la navaja. Fue un golpe que hubiera atrapado desprevenido a cualquiera y que, además, iba dirigido al corazón.

Pero a Luc Samoa ya no le sorprendía nadie. Saltó hacia atrás y chocó con la pared, mientras el golpe de su enemigo se perdía en el vacío.

Entonces, Anders corrió como una rata asustada. Sus reflejos eran tan rápidos que llegaba a sorprender a cualquiera. Medio segundo después, ya estaba en el gimnasio.

—¡Grover! —aulló.

Grover lo vio venir y vio venir, también, a Luc Samoa. Con un gesto instantáneo alzó la pesa de ochenta kilos que tenía en las manos y la lanzó hacia delante.

Por poco pesca a Luc, que venía lanzado. Aquel brutal impacto podía haberle hundido el cuerpo por la mitad.

Pero los reflejos de Luc Samoa aún eran más veloces que los de Anders. Esquivó con una finta y las bolas de hierro cayeron al suelo con un siniestro BLOOOOOM.

Luc no se detuvo.

Siguió corriendo como un caballo lanzado al galope.

Dio la sensación de que no le importaría enfrentarse en choque cuerpo a cuerpo con Grover, a pesar de que éste era mucho más pesado que él. Grover se dio cuenta de que, entonces, todas las ventajas estarían de su parte.

Pero las cosas variaron en un parpadeo. Luc Samoa era de esos

hombres capaces de concebir un plan en dos segundos y de ejecutarlo en dos segundos más. Había visto las dos anillas colgando del techo.

Saltó para asirse a ellas.

Su Cuerpo, ya colgado de las anillas, siguió disparado hacia delante con una velocidad endiablada.

Tensó ambas piernas.

Grover sólo tuvo tiempo de gritar:

—¡Uuuuugggg!

El doble impacto de los tacones le había dado en plena mandíbula. El gordo cayó hacia atrás, mientras sus manos intentaban sujetar otra pesa.

Luc Samoa se soltó de las anillas.

Siguió volando.

Pero, de pronto, ya no veía a Anders. Aquella rata escurridiza parecía haber sido tragada por el aire.

Pasó por encima de un plinton y volvió sobre sus pasos, para embestir de nuevo. Ahora tenía delante una cuerda de nudos para trepar.

Se sujetó a ella, siguiendo con todo su impulso.

Grover estaba delante, sin haberse recuperado del todo, aún. Eso y su peso hicieron que los movimientos fueran extraordinariamente lentos.

Ahora Luc embistió con las rodillas. Las plegó cuando j ya casi las tenía a la altura de la cabeza de su enemigo y se las empotró en la cara.

La nariz de Grover quedó destrozada. La sangre saltó.

—¡Aaaaaggggg!

Aquel tipo rugía como un gorila. Por un momento se balanceó sobre sí mismo, pero no llegó a caer.

Luc Samoa estaba frente a él.

Había soltado la cuerda.

Pestañeó, cuando vio que las esferas de hierro de una gran pesa venían hacia él. Tuvo tiempo justo para ladear la cabeza.

Las pesas cuartearon la pared, junto a su cráneo. Si aquello llega a darle de lleno, le convierte en harina la tapa de los sesos. Toda la pared tembló como si fuera a derrumbarse.

Grover creyó que, al menos, le había rozado y que lo tendría a

su merced, en los próximos instantes. Alzó la pesa otra vez.

Pero Luc Samoa ya había hecho una finta y estaba tras él. Volvió a colgarse de la cuerda. Seguía moviéndose con la rapidez de un gato.

E hizo algo que su enemigo no esperaba.

Giró instantáneamente en torno suyo. Pero haciendo girar, también, la cuerda de forma que ésta se enrollase en torno a Grover.

Por el cuello.

Grover lanzó un estertor.

No entendía lo que estaba pasando. Sólo notó que la respiración le faltaba y que uno de los nudos de la cuerda se le estaba clavando en la garganta.

Luc le empujó con el pie, por detrás, mientras tiraba de la cuerda, de forma que entre el juego de las dos fuerzas, Grover no tuviera más remedio que seguir manteniendo la vertical. Mientras tanto, la gruesa cuerda le apretaba el cuello como si fuese la soga de un verdugo.

Pero en eso, Grover tuvo mala suerte.

Las sogas de los verdugos son más delgadas.

Matan muy velozmente.

Esta cuerda que se le ceñía al cuello, en cambio, le asfixió materialmente y le hizo doblarse con la lengua fuera, mientras los ojos se le salían de las órbitas.

Sin embargo, aún no estaba muerto cuando se desplomó.

Luc le evitó toda clase de problemas.

No había por qué hacerle sufrir.

Dos golpes de karate al cuello lo dejaron seco para siempre.

Entonces, Luc Samoa giró sobre sus tacones mientras miraba rabiosamente en tomo suyo, porque sabía que lo principal estaba por hacer. Había eliminado a un enemigo puramente secundario, mientras quedaba vivo el enemigo principal.

Lo buscó con los ojos.

Pero Anders ya se había largado con aquella velocidad de rata que parecía característica en él. Sin duda estaba fuera del gimnasio.

Luc Samoa corrió.

Aún pudo verlo.

El fugitivo montaba, en aquel momento, en el coche de Grover,

el cual, por estar delante del gimnasio, tenía las llaves de contacto puestas. Igual pasaba con la moto, ya que sin duda todo el mundo se conocía en aquella pequeña plaza.

Anders dio toda la fuerza al potente motor.

Y Luc no lo pensó.

De un salto fantástico, montó sobre la moto. El arranque eléctrico funcionó instantáneamente, con un suave chirrido.

La «Honda» le permitiría cazar cien veces al «Austin» en las calles de Londres. El del coche nada tenía que hacer. No iba a poder escapar.

Pero Anders pensaba en otra cosa. Se había dado cuenta de que, en efecto, no iba a poder escapar, y por eso pasó a la ofensiva. Tenía en sus manos un arma que iba a decidirlo todo.

Y lanzó toda la potencia del coche contra la moto de Luc Samoa. El «Austin» avanzó a cien por hora, lanzando un rugido.

CAPÍTULO VIII

En el pequeño espacio de la plaza, era casi imposible escapar. Un hombre normal, sentado en el sillín de la «Honda», hubiera quedado hecho pedazos, instantáneamente.

Pero Luc Samoa no era un hombre normal, sino un verdadero campeón. Puesto que ya había puesto en marcha la moto, metió primera instantáneamente, y dio gas.

El quiebro fue fantástico.

Pareció como si la «Honda» tuviese una cintura humana.

El coche pasó a su lado, casi rozándola, pero la moto esquivó Se oyó un terrible chirrido de frenos mientras sonaban gritos en la plaza.

Anders se dio cuenta, entonces, de que no iba a poder atacar de nuevo. Lo único que le quedaba era tratar de huir.

Por suerte para él, no necesitaba maniobrar porque tenía delante suyo la salida de la plaza. Dio gas y salió disparado entre un terrible ronquido del motor, como si los cilindros fueran a romperse.

Luc salió tras él.

También la moto rugía, pero él dosificaba mucho mejor el régimen de revoluciones. La máquina no se le quedaría clavada, mientras que al fugitivo era posible que sí.

No obstante, aquel loco ya estaba en la avenida principal del distrito, muy cerca del hotel Kensington Place. Después de arrollar a un ciclista y enviarlo por los aires, chocó literalmente con un taxi, al que desplazó, y se metió en contra dirección por una calle lateral.

La gente gritaba.

Se oyó el silbato de un policeman.

Luc Samoa hubo de mantener unos nervios de acero para conservar la dirección de la moto entre el coche medio volcado, el ciclista muerto y la gente que corría por todas partes. Con dos violentas flexiones esquivó a una mujer, rozó otro taxi que no podía

frenar y se metió en la calle por la que seguía aullando el «Austin».

El fugitivo se había subido a la acera.

Materialmente, rodaba por ella a toda velocidad.

Otro par de motos aparcadas saltaron violentamente, mientras el capó del «Austin» se abría en dos pedazos, aunque sin llegar a desencajarse ni saltar. En eso volvió a tener suerte Anders, porque, de lo contrario, se hubiese quedado sin visibilidad.

Luc Samoa corrió pegado al bordillo, aunque sin subir a la acera, porque de ese modo pudo dar a la moto más velocidad. Hizo un impresionante cambio de marchas al llegar a la esquina y la tomó en primera y con una perfecta estabilidad, mientras el «Austin» se deslizaba hacia la izquierda, en un brutal patinazo, y chocaba de costado con otro vehículo. Todos los cristales de aquel lado se rompieron, mientras el fugitivo lanzaba un grito.

Pero ya no podía aflojar. Se daba cuenta de que tenía, detrás, a un auténtico campeón y eso le obligaba a forzar al máximo todas sus posibilidades. Pero por lo pronto comprendió que ya había superado la principal dificultad, porque tenía delante una recta avenida sin apenas tráfico.

Eso le permitiría alcanzar grandes velocidades. Por lo tanto, dio gas a fondo y se inclinó sobre el volante.

El autobús de dos pisos apareció, de pronto, como una mole roja.

Anders lo esquivó en el último segundo, mientras el conductor del autobús giraba, también. La enorme mole patinó sobre sus ruedas traseras, perdió el punto de equilibrio y acabó cayendo de costado sobre un coche donde había una mujer. Ésta murió instantáneamente.

Luc Samoa lanzó un grito de rabia. Mientras sus dientes rechinaban, juró que mataría cien veces a Anders. Que lo arrastraría por las calles de Londres hasta convertirlo en un verdadero guiñapo. Nunca cedería.

Pero sus pensamientos se cortaron, porque acababa de saltarse una luz roja. Dos coches venían como flechas hacia él, por la izquierda.

Esquivó al primero, alzó el manillar y dio un fantástico salto sobre el capó del segundo, como si en vez de pilotar una moto montase un caballo de carreras. Con los ojos medio nublados por la

velocidad, vio que iba en línea recta hacia una fila de coches aparcados.

Volvió a alzar el manillar.

Las ruedas giraban en el aire locamente.

Y la inercia de la pesada máquina le permitió «aterrizar» sobre el techo de uno de los automóviles, desde el que saltó a tierra con un crujido terrible de toda la suspensión de la «Honda». En la acera hizo un zigzag para esquivar a dos transeúntes, que se lanzaron a tierra.

La gente le saludaba con todo afecto.

—¡Loco!

—¡Cabrón!

Luc pasó entre dos coches estacionados y salió de nuevo a la calzada. El «Austin» ya estaba lejos. Dio gas a la «Honda», mientras el motor rugía locamente.

Un nuevo y espectacular cambio de marchas le permitió alcanzar una velocidad suicida. El «Austin» perdió distancia rápidamente. Al volverse un momento hacia atrás, Anders se dio cuenta, con desesperación, de que ya volvía a tener a su enemigo encima.

Giró, entonces, a la izquierda.

Sin mirar.

Locamente.

Y entonces se dio cuenta de que tenía una amplia entrada ante sus ojos. Era la de los jardines del zoo de Londres. Comprendió que, si entraba allí, era muy fácil que Luc perdiera su pista.

Por lo tanto dio gas. La valla de control de la entrada saltó en pedazos. Uno de los empleados quedó medio aplastado contra la pared.

Anders pensó que podía salir por otra de las puertas después de desorientar a su enemigo. Los numerosos paseos que cruzan el zoo se lo permitirían.

Pero en los paseos había mujeres y niños que no esperaban aquel bólido. Anders no se detuvo, sino al contrario. Dio más gas. Se produjo un chasquido y una mujer quedó aplastada contra una de las farolas.

Pero Luc Samoa también se había lanzado a una velocidad suicida. En cuestión de segundos se plantó junto al bólido rojo.

Anders dio un golpe al volante.

Trató de arrollar a su enemigo, dándole un golpe de costado, pero Samoa demostró que no en vano era un campeón. Frenó, hizo una finta y apareció, de pronto, al otro lado, mientras su enemigo tenía la sensación de que iba a volverse loco. Le pareció, por un momento, que eran dos los motoristas que venían a por él.

Pero aún intentó arrollarle. Dio otro golpe de volante. De repente, la moto desapareció del sitio donde estaba y el vacío se produjo ante los ojos atónitos de Anders. Ya no pudo dominar el «Austin».

Después de atravesar una línea de setos, se estrelló contra el murete que cerraba el recinto de las Menas, destrozándolo parcialmente. Pero consiguió meter la marcha atrás, maniobrar en un par de segundos y salir disparado de allí mientras se oían los gritos de la muchedumbre y las carcajadas histéricas de las hienas.

Anders vio terreno despejado delante suyo. Ya no distinguía a la moto. Todo aquello era como una alucinación.

Y entonces la «Honda» pasó por delante suyo.

Fue un zigzag, una finta increíble. La mano de Luc Samoa se movió y Anders tuvo la sensación de que iba a disparar contra él.

Lanzó un grito.

Lo tenía demasiado cerca.

Las ruedas patinaron y entonces se dio cuenta de que estaba dando una vuelta, sólo sobre dos neumáticos. Con ojos alucinados vio que se acercaba un foso. Intentó frenar.

Pero ya venía demasiado lanzado y el coche no le obedeció. De pronto, Anders se dio cuenta de que volaba. Pasó por encima del foso.

Un grito de horror resonó en el aire.

Porque se dio cuenta de que iba a caer en un sitio que jamás pudo imaginar. Los gigantescos osos pardos estaban allí. Cinco enormes osos, que se agruparon lanzando rugidos mientras veían volar el «Austin».

Éste se estrelló materialmente a dos pasos. La carrocería se abrió por la mitad. Anders, medio anonadado, intentó salir.

La cabeza le daba vueltas.

No veía nada.

Y no vio nada hasta que dos de los enormes osos se abalanzaron

sobre él. Durante toda su vida no habían tenido un festín semejante. Además, estaban asustados y eso les enloquecía.

El cuerpo de Anders fue materialmente partido en dos. Su grito ululante recorrió el zoo, de un lado a otro. Los demás osos se abalanzaron también sobre él y se repartieron sus vísceras.

Fue un festín sangriento.

La gente miraba alucinada aquello, sin atreverse ni a respirar.

Y un hombre alto y delgado detuvo, entonces, la «Honda» al lado del foso. Lo hizo con un gesto tranquilo y como si viniera de un paseo. Sus ojos, entrecerrados, contemplaron el terrible espectáculo.

Luego puso un cigarrillo entre sus labios.

Pero lo tuvo que tirar.

A pesar de la extensión y profundidad del foso, hasta la punta del cigarrillo había llegado una gotita de sangre.

CAPÍTULO IX

El sargento de detectives Kinley se levantó de la butaca donde había estado fumando su pipa del domingo y contempló el paisaje a través de la ventana. Hubo de reconocer que se estaba muy bien en casa y que sería una auténtica lástima tener que salir de ella.

Hacía un tiempo tétrico.

No es que lloviera o hiciese frío o viento. Todo lo contrario. El aire estaba tan quieto que había depositado, a ras del suelo, la niebla que llega regularmente desde el canal de la Mancha, y que suele dar al País de Gales ese aire nostálgico y gris que tanto ha gustado a los poetas a lo largo de los siglos. Pero ahora, al caer la noche, la niebla formaba una especie de sudario siniestro que nada tenía de poético, y que hacía pensar en muertos, en fantasmas, y en brujas bailando más allá de la ventana.

Kinley lanzó un suspiro, vació la cazoleta de su pipa y se estremeció con una extraña sensación de miedo.

No había podido olvidarlo.

Desde que tuvo la oscura impresión de que Rig, uno de los socios muertos del club, había salido en su moto del cementerio, le parecía como si estuviera rodeado por oscuras fuerzas sobrenaturales.

A veces se despertaba por la noche y pensaba en aquello.

No podía evitar en esas ocasiones un seco estremecimiento de horror.

Puesto que Kinley vivía solo, esa sensación se acentuaba durante las horas nocturnas. Nunca había sido un hombre cobarde, pero, de pronto, le parecía como si su casa fuera más grande y se estuviese poblando de sombras.

Estaba cargando su pipa cuando, de pronto, se puso a sonar el teléfono.

Los timbrazos parecían llegar desde más allá de la niebla, como

si ésta hubiera penetrado también en el interior de la casa.

Kinley descolgó el auricular y escuchó la voz del intendente Crompton, quien solía llamarle desde Londres. Crompton era, habitualmente, el enlace de Scotland Yard con la policía local.

—¿Qué tal tiempo hace por ahí, Kinley? —preguntó, untuosamente, la voz.

—Malo, muy malo. Ha llegado niebla desde la costa y no se ve nada a dos pasos. Todo esto parece el interior de una sepultura.

—Pues siento tener que darle trabajo, Kinley, pero usted es el jefe de policía en la localidad. No creo que le quede más remedio que salir de su casa.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Supongo que recuerda a Malendon, el asesino maniático. El que tenía una verdadera obsesión por matar niñas.

Kinley pareció escupir una maldición en voz baja.

Claro que se acordaba. Dos asesinatos monstruosos en Londres, cortando los cuerpos en pedazos. Una violación en Birmingham, con posterior muerte de la víctima. Luego la captura y…, ¿total para qué?

Crompton preguntó, desde el otro lado del hilo:

—No sé a qué viene este silencio, sargento. ¿Quizá está pensando en lo mismo que yo?

—Claro que lo estoy pensando, intendente. Jamás debieron considerar irresponsable a un bicho dañino como Malendon. Si era un tipo que sabía trabajar, ganarse la vida y comer con la mano derecha, era porque distinguía el bien del mal. No era un irresponsable, ni mucho menos, pero la ley fue estúpida. En lugar de colgarle en Broadmoor lo metieron en uno de esos manicomios de los que se escapa todo el mundo.

Y de pronto su voz se cortó, mientras se le cortaba también la respiración. Dijo, al cabo de unos segundos:

—No me llamará para informarme de que…

—Sí, Kinley, desgraciadamente para eso le llamo. Tiene usted razón en que de esos manicomios se escapa todo el mundo. Malendon ha huido.

Kinley farfulló, como en un eco:

—De modo que ha… ha huido.

—Sí, y se supone que está por su demarcación. Le hemos

perseguido por una extensa área, pero al final hemos perdido su pista y tenemos informes de que ha llegado a esa zona. Como usted la conoce palmo a palmo, será mejor que se ponga en movimiento, Kinley. Reúna a sus hombres y actúe. Porque estamos seguros de que si ese monstruo sigue suelto unas cuantas horas más… ¡VOLVERÁ A MATAR!

El sargento tuvo un estremecimiento.

—Con esta niebla no encontraremos a nadie, Crompton —gruñó.

—Es posible, pero también es posible que ese tipo acabe metiéndose, de narices, en la Comisaría, puesto que no conoce el terreno que pisa. Inténtelo. Y recuerde esto, Kinley: nada de violencias. Es un irresponsable y debe volver al manicomio.

—De modo que al manicomio… para que vuelva a escapar.

—No es asunto nuestro, Kinley.

El sargento se encogió de hombros, como si desde Scotland Yard pudiesen verle.

—De acuerdo… Yo recibo órdenes y las obedezco. Pero diga una cosa, intendente: voy a acabar pidiendo el traslado de esta zona.

—¿Por qué?

—No sabría decirlo… No me siento a gusto, aquí. No sé si recuerda que le di un informe de lo que parecía un accidente rutinario: un hombre muerto por una moto que se dio a la fuga.

—Sí, recuerdo que me lo dio. Tengo archivado todos los datos de ese distrito.

—Pues no fue un accidente rutinario, Crompton. Entonces no me atreví a decírselo porque me parecía ridículo, pero hay indicios muy serios de que el causante del atropello era… un motorista que ya lleva tiempo muerto. Un antiguo campeón. Salió del cementerio, atropelló a ese hombre y luego se lo tragó la noche. Así de sencillo.

Crompton rió silenciosamente.

—Y así de absurdo, Kinley —dijo—. Olvídelo.

—He tratado de hacerlo, pero no puedo. Desde entonces tengo la sensación de que la comarca está llena de resucitados y de fantasmas. Yo no lo he sabido hasta ahora, pero ya hace tiempo que nadie se atreve a acercarse por el pequeño cementerio de la localidad.

—Eso son puñeteras manías de viejas, Kinley. No me diga que a usted también le pasa lo mismo. Y ahora póngase en movimiento

porque todo es urgente. Corto.

Y en Londres colgaron. Kinley miró el auricular como si fuese un bicho raro y cortó, también.

Como un sonámbulo, anduvo de un lado a otro de la estancia, buscando el abrigo. Se lo estaba poniendo, cuando vio la carpeta depositada sobre la mesa.

La había abierto la noche anterior, pero no sabía por qué. Allí estaba la cara del dibujo robot, y el sargento juró, una vez más, que la cara correspondía a Stefan Rig, el campeón muerto. Tenía que ser él, aunque no quisiera creer en fantasmas. En cuanto a las fotos del cadáver, del que resultó arrollado por la máquina, también resultaban estremecedoras. Porque el impacto había sido tan terrible, que el cuerpo de la víctima pareció estallar por dentro.

Kinley tomó su linterna y cerró la carpeta.

Había averiguado bastantes cosas sobre el hombre muerto, durante aquellos breves días, quizá porque el asunto llegaba a obsesionarle. Y ahora sabía que el hombre arrollado por la moto usaba un falso apellido y llevaba algún tiempo como escondido en la comarca. Sabía, también, que se le consideraba sospechoso de la violación y muerte de dos mujeres. Pero eran cosas que no se podían probar, cosas de esas que, a veces, ni la misma policía sabe.

Acabó encogiéndose de hombros.

Bueno, ¿por qué pensar en ello? Tenía un asunto más urgente que resolver. De modo que se encajó bien el sombrero que le protegería de la humedad de la noche y abrió, de golpe, la puerta.

La sangre casi le salpicó. Casi le saltó a la cara.

Porque la niña estaba apoyada en aquella puerta y su pequeño cuerpo se derrumbó al abrir él. La niña que tenía los ojos espantosamente abiertos y aún parecía abrir los ojos en un último espasmo. La niña que tenía el cuello abierto de lado a lado. La que, con las postreras fuerzas de su vida, había tratado de buscar desesperadamente ayuda en aquella casa.

Sin tener voz ni para pedir socorro. Sin tener energías ni para golpear la puerta.

CAPÍTULO X

Kinley la vio caer junto a él y, de repente, estuvo a punto de romper en un sollozo. Porque él conocía a aquella niña, que era una de las más alegres de la comarca y que los domingos solía volver de los oficios religiosos, a aquella hora. Muchas veces el propio Kinley la había acompañado hasta su casa, situada cerca de allí.

Ahora, cuando la vio degollada a sus pies, no pudo creerlo.

Lanzó una especie de gruñido animal mientras miraba más allá, hacia la niebla, donde el asesino podía ocultarse.

Porque el nombre del asesino estaba claro para él. Se trataba de Malendon, cuya presencia en la comarca le acababan de anunciar. Y tenía que encontrarse muy cerca, puesto que la niña acababa de morir.

Kinley lanzó un grito de rabia.

El hecho de pensar que nada podía contra Malendon, y había de limitarse a detenerlo para enviarlo de nuevo al manicomio, le producía calambres de odio. Porque Malendon volvería a fugarse para matar otra vez…, ¡otra vez!, ¡OTRA VEZ!

Maquinalmente descolgó el teléfono. Con una voz que no parecía la suya, ordenó a su ayudante que viniera cuanto antes a la casa y se hiciera cargo del cadáver que encontraría allí. Luego salió para perderse entre la niebla.

Sus dientes chirriaban mientras avanzaba, sin ver nada por entre aquella especie de sudario blanco.

La linterna apenas proyectaba un mínimo disco de luz. De no ser porque conocía el terreno, no hubiera sabido ni dónde ponía los pies.

Salió a la carretera.

No circulaba ni un coche en una nochecita como aquélla. A la derecha se distinguían, como en un parpadeo, las luces amarillas del club deportivo, pero eso era todo. Y la verdad fue que Kinley

hubiese preferido no ver aquellas luces, porque desde unos días atrás le obsesionaban.

Y hasta llegaban a darle miedo.

¿Qué infiernos pasaba allí? ¿Qué relación había con los muertos?

Prefirió no pensar.

Cruzó la carretera y ascendió por un caminillo.

La niebla se hacía más y más espesa, cada vez.

Hubo un momento en que no supo ni dónde estaba.

Hasta que, de pronto, se dio cuenta, con un estremecimiento, de que se había metido donde nunca creyó que se fuera a meter. Tanto, que lanzó una imprecación en voz baja mientras gruñía: «¿Pero qué me pasa?».

Porque la verdad era que estaba ascendiendo hasta el cementerio. El caminillo era el que llevaba hacia allí.

Absurdo. Estaba visto que esta noche no daba una.

Fue a volver sobre sus pasos, pero entonces le ocurrió algo que tampoco acababa de tener sentido. Le pareció que, arriba, había luces.

Luces en… ¡en el cementerio!

¡Como si alguien husmeara entre las tumbas!

El sargento de detectives lanzó otra imprecación mientras pensaba que iba a tener que pasar una de las peores noches de su vida. Porque no cabía duda de que habían entrado ladrones en el cementerio, atraídos por la idea de que en las viejas tumbas podía haber algo de valor. Desde los tiempos de las pirámides, los ladrones de sepulturas han formado legión, sobre todo cuando saben que no van a encontrar ningún cadáver en descomposición y sí solamente viejos esqueletos que se convertirán en polvo.

Era un caso de mala suerte, pero él no podía desentenderse de aquello. Tenía que subir a ver lo que pasaba.

Para no llamar la atención de los ladrones, apagó la linterna. Conocía, palmo a palmo, el caminillo, y se atrevía a subir por él a pesar de la oscuridad. De modo que llegó como un fantasma hasta la puerta del cementerio.

Y vio unos pequeños focos de luz entre las tumbas. En efecto, había alguien allí, aunque los focos estaban inmóviles.

Parecían hipnotizarle.

Llamarle silenciosamente desde el fondo de la niebla.

Kinley se acercó hacia allí.

Y, de repente, tuvo la sensación de algo sobrenatural. Porque escuchó los acordes de un violín que llegaban desde el fondo del cementerio.

Se detuvo, mientras una sensación de hielo le recorría la espalda.

Porque él conocía aquel modo de interpretar la música de Mozart. Años antes, cuando llegó a la comarca, había oído varias veces a alguien que tocaba así; alguien que era casi un virtuoso y tenía una enorme afición por aquella pieza.

Sólo que…

Kinley volvió a sentir, otra vez, como si por sus venas circulara hielo.

Sólo que el hombre que solía tocar el violín de aquella manera casi inconfundible llevaba ya algún tiempo muerto. Era Robert Tuc, uno de los socios del club deportivo. Su memoria recibía, todos los años, un homenaje, cuando se descorría la solemne cortina que ocultaba normalmente los retratos de los muertos.

Kinley sintió que tenía la boca seca.

No entendía nada, pero la sensación de lo sobrenatural le dejaba sin fuerzas. Hubo un momento en que le resultó casi imposible avanzar.

Ahora ya no podía negarlo.

Pese a ser un policía… ¡TENIA MIEDO!

Pero lo tuvo aún más, cuando el violín cesó y se hizo el silencio más absoluto. Era un silencio tan viscoso que daba angustia. Las lucecitas que había visto al fondo, entre las sepulturas, también se extinguieron.

A Kinley le pareció como si todo el cementerio fuese una tumba y él estuviera encerrado dentro, sin posibilidad alguna de salir. Fue a encender la linterna de nuevo, pero no se atrevió. De repente tuvo miedo de que le identificasen, de que supieran que estaba allí.

¿Pero quién?

¿Es que había llegado a creer, de verdad, que allí resucitaba la gente? ¿Que los muertos habían salido de sus tumbas?

Como un hipnotizado siguió avanzando hacia el fondo del cementerio. El misterio le atraía como una llamada insondable;

sentía en sus entrañas, como una fuerza secreta, la fuerza del Más Allá.

De pronto sus pies tropezaron con algo.

Era una cosa blanda y fofa.

De una forma maquinal, Kinley se agachó.

Y entonces sus dedos tocaron aquella cosa viscosa y caliente. Entonces sus dedos se impregnaron de sangre.

* * *

El sargento de detectives contaba con la suficiente experiencia para saber lo que tenía delante suyo. No le cupo la menor duda de que acababa de tropezar con un cadáver.

Entonces encendió la linterna y lo alumbró de lleno. El disco de luz se proyectó sobre aquella cara, haciéndole lanzar un gemido de sorpresa y, al mismo tiempo, de horror. Porque pudo reconocer muy bien al hombre caído a sus pies.

Era… ¡Malendon!

¡El asesino!

¡Y estaba deshecho!

Kinley se inclinó mejor sobre él y lo examinó, olvidándose durante algunos momentos del miedo que le dominaba. Al palparlo, pudo darse cuenta de que tenía varias costillas hundidas, algunas de las cuales le debían haber atravesado los pulmones. Eso debía explicar la terrible hemorragia que tuvo por la boca, y que, sin duda, había ayudado a su muerte.

Pero el trágico fin había llegado por otra razón, y Kinley lo adivinó en seguida, al mirarle mejor la cara. Era eso lo que tenía realmente destrozado. Se la habían deshecho a golpes. Aquello no era una cara, era una masa triturada donde la piel había sido, incluso, atravesada por esquirlas de hueso.

Pocas veces había visto Kinley un fiambre así, pero eso no nubló su pensamiento. Tenía la suficiente experiencia para saber que aquella paliza demoledora no había sido causada por ninguna clase de instrumento, sino por… ¡por unos puños humanos!

Incluso, en algunos puntos de la cara se apreciaba, aún, la marca de los nudillos. Igualmente, el hundimiento de las costillas era típico de los golpes demoledores de un boxeador del peso máximo. Malendon debía haber recibido más de cien golpes, antes de caer

muerto como un guiñapo.

Pero eso, ¿quién podía ha… haberlo… hecho?

Hasta el pensamiento de Kinley se entrecortaba. Mientras apagaba la linterna porque, de pronto, el miedo le estaba dominando otra vez, recordó…

Recordó a otro miembro del club.

Un campeón de boxeo llamado Armstrong.

Un hombre que también… había muerto en accidente.

Como los otros…

Al igual que los demás, el cadáver de Armstrong había sido reclamado por el club, quien se ocupó de todos los trámites. También había sido el club quien había denunciado los accidentes. Todo, absolutamente todo.

Socios que no tenían familia, que un mal día desaparecían y pasaban a engrosar, con sus retratos, la extraña galería de los muertos.

El propio jefe local de policía, el antecesor de Kinley, •fue, hasta su retiro, socio del club deportivo. Él se había ocupado, también, de numerosos trámites.

Un sudor helado empezó a recorrer entonces, las facciones del sargento.

Era como si su pensamiento empezase a entrever algo en el fondo de aquella niebla, pero, sin embargo, todo continuaba perdido en el fondo del Más Allá. Su pensamiento no se atrevió a llegar más lejos.

Y el miedo le dominó, entonces.

Era un miedo indomeñable, superior a sus fuerzas, que le dejaba sin sangre en las venas. La sensación de que estaba materialmente rodeado de cadáveres que se dirigían hacia él le hizo levantarse como un rayo.

Bueno, o al menos lo intentó.

Pero no pudo conseguirlo del todo.

Porque entonces ocurrió algo que no hubiera imaginado jamás. Porque entonces, una mano grande y helada salió de la niebla para posarse en su nuca.

CAPÍTULO XI

Kinley estuvo a punto de lanzar un grito. Reconocía que era vergonzoso, pero no pudo evitarlo. Temblando de miedo, balbució:

—¿Qué… quiere?

Pensó que iba a responderle una voz de ultratumba, pero tuvo una gran sorpresa cuando se dio cuenta de que ocurría lo más lógico. De que la voz del hombre que estaba a su lado era perfectamente normal.

—Le he visto a la luz de la linterna, sargento —dijo—, y le he reconocido, a pesar de la niebla. Todo el mundo dice que tengo una vista de animal nocturno, y estoy empezando a creer que es verdad.

Kinley barbotó:

—¿Quién… es usted?

—No sé si mi nombre le dirá algo.

—Eso lo comprobaré cuando me lo diga.

—Me llamo Luc Samoa.

—Luc Samoa… Sí… Déjeme recordar. Fue un corredor motorista de fama.

—Eso pertenece al pasado. Ahora soy representante de marcas de motos y, al mismo tiempo, ejerzo la abogacía en Londres. No creo que me convierta, jamás, en un hombre rico, pero me voy ganando la vida.

Kinley empezó a tranquilizarse, pese a lo espectral que era todo aquello. Con voz todavía insegura preguntó:

—¿Y qué hace aquí?

—Le buscaba, sargento.

—¿Cómo me conoce?

—Vi ayer sus fotografías en la prensa local. Usted figuraba en la presidencia de una fiesta benéfica.

—Sí… Cierto. ¿Pero cómo infiernos ha sabido que estaba aquí?

—No lo he sabido en el primer momento. Por el contrario, he

pensado que estaría en su casa y he ido allí, pero me he encontrado con una sorpresa realmente macabra. Le confieso que he tenido la sensación de que el mundo entero empezaba a dar vueltas en torno mío.

—¿La… niña asesinada?

—Sí. Y un ayudante cuidaba de todos los trámites. Jamás he visto a un hombre tan hundido como aquél. Pese a ser un policía, yo diría que sólo le faltaba llorar.

—Lo comprendo. Yo también he tenido un golpe terrible y…

—He estado buscándole por las cercanías —le interrumpió Luc Samoa—, y de pronto me ha parecido ver luces en el cementerio. Por eso he venido hacia aquí.

—¿Luces? ¿Entonces usted las ha visto, también? ¿No ha sido una pesadilla?

—¿Pesadilla por qué?

Kinley no tuvo inconveniente en confesar:

—Estoy desorientado. No comprendo qué demonios pasa con este cementerio.

—¿Por qué?

—Yo diría que algunos muertos han salido de aquí.

—¿Se da cuenta de lo que dice, Kinley?

—No me doy cuenta de nada; eso es lo peor. A veces tengo la sensación de no ser la misma persona que era hace unos días.

—Yo también tengo esa sensación —confesó, oscuramente, Luc Samoa—. Y celebro de algún modo que hayamos empezado a hablar de muertos, sargento Kinley, puesto que yo he venido aquí por una sola razón: para hablarle de una muerta.

* * *

No cabía duda de que el juez del distrito y los ayudantes de Kinley tendrían mucho trabajo aquella noche, porque había que levantar dos cadáveres e iniciar las investigaciones, pero el sargento no se sentía con fuerzas para nada. Por eso, cuando Luc Samoa le pidió que le dedicara unos minutos para hablar en un sitio tranquilo, él aceptó. Incluso sintió con ello un inmenso alivio, como si, de pronto, acabara de volver con ello al mundo de los vivos.

Sentados los dos junto a una de las ventanas de la taberna local, ya casi vacía a aquella hora, miraban la niebla que se extendía más

y más. Todo era tan impenetrable, que daba la sensación de que el mundo terminaba dos pasos más allá de la puerta. Sin embargo se estaba bien, allí, bajo la luz concentrada de la lámpara, como si todos los cadáveres y todos los misterios hubiesen quedado lejos.

Kinley sentía que la sangre volvía a circular por sus venas.

Y miró el rostro impenetrable de su extraño interlocutor, aquel rostro joven y de trazos firmes, pero en cuyos ojos parecía haber algo que llegaba desde el fondo del tiempo.

—¿De qué muerta quería hablarme? —preguntó.

—De una muchacha llamada Lilian.

—Eso no me dice nada.

—Quizá recuerde algo si se esfuerza un poco, porque los hechos ocurrieron no lejos de aquí —dijo Luc Samoa—. Escasamente a unas tres horas de coche, o de tren. Fue un asesinato cometido en Norwich.

—Norwich… Sí, claro que lo recuerdo. Yo leo, por obligación, todas las noticias de crímenes, y ésa me llamó la atención porque, hasta entonces, aquélla era una ciudad donde nunca ocurría nada.

—Por eso la eligieron los asesinos —susurró el joven—; pensaron que era un golpe fácil. Pero eso no importa, ahora, porque todos ellos están muertos.

El sargento pestañeó.

—¿Muertos? —dijo.

Y volvió a mirar hacia la ventana, donde la niebla formaba fantasmagóricos dibujos. Le pareció, entonces, como si la voz del joven se hiciera espectral y llegase, precisamente, a través de aquella niebla.

—Me propuse vengar a Lilian —dijo esa voz—, pero lo curioso es que sólo lo he conseguido en parte. Alguien me ha ayudado.

—¿Quién?

—No lo sé.

—Pues entonces, si no lo sabe, ¿qué tiene que ver eso conmigo, Luc? ¿Qué tiene que ver con la comarca en que ahora estamos los dos?

Luc Samoa dijo, con un soplo de voz:

—Alguien desenterró el cadáver de Lilian.

—¿Qué dice?

—Hablo en serio. El cadáver no había empezado a

descomponerse cuando lo sacaron de su tumba. Y de pronto apareció en Londres, en un callejón llamado Cross Lañe, en el barrio de Chelsea, justo en la casa donde había de morir uno de los hombres que la asesinaron.

El sargento cerró un momento los ojos mientras notaba de nuevo aquella maldita sensación de hielo.

—¿Es fácil desenterrar un cadáver en el cementerio de Norwich? —suspiró.

—Puede ser muy fácil. Allí no hay vigilancia.

—Está bien, pero le voy a repetir la pregunta: ¿qué tiene esto que ver conmigo y con esta comarca?

—Nunca lo hubiera relacionado, de no ser por una fotografía —dijo Luc Samoa.

—¿Qué fotografía?

—Poco antes se había producido un accidente de tráfico a la entrada de Cross Lañe, con un muerto. Una revista local de Chelsea publicó una foto, puesto que la víctima era una persona conocida en el distrito. Yo la vi, casualmente, y entonces me di cuenta de algo que me llamó la atención.

—¿Algo? ¿Qué fue?

—Una furgoneta blanca estaba casi metida en la tienda que hay en los bajos de la casa donde apareció el cadáver de Lilian. Se la veía con claridad, pero, sin embargo, ya no estaba cuando la policía llegó. A mí me pareció muy posible que en esa furgoneta hubieran traído el cadáver, y como entró de espalda en la tienda vacía, pudieron sacado tranquilamente por la parte posterior, sin que nadie lo viese.

—Es… es posible, pero no veo la relación con…

—Claro que hay relación con esta comarca, sargento, claro que sí… En la foto sólo se veían parte de las letras grabadas en los lados del vehículo, pero se podía leer, al menos, que era la furgoneta de un club deportivo. Hube de hacer centenares de eliminaciones entre los nombres de esa clase que figuran en las guías telefónicas del país, antes de comprender que seguramente se trataba del club deportivo que hay en esta comarca.

Las manos del sargento se contrajeron un momento sobre la mesa, mientras preguntaba:

—Sí.

—¿Por eso ha venido?

—Pues creo que ha acertado, amigo.

—¿Qué le hace pensarlo?

—Que yo también empiezo a volverme loco con ese club. Hay cosas que no entiendo, o mejor dicho no entiendo nada. Pero que, de un modo u otro, los hombres vivos que hay allí están relacionados con los muertos, me parece evidente. Ya sé que mucha gente reiría al oírme decir eso, pero yo ya he perdido la facultad de reír.

Y volvió a mirar hacia la ventana, aprensivamente, como si pensara que, a través de los cristales, le espiaban los fantasmas.

—Celebro que coincidamos, sargento —musitó Luc Samoa—, porque hay algo que yo no perdono. El hecho de que alguien profanara la tumba de Lilian es algo que requiere venganza.

—¿Pero luego ella fue devuelta a su tumba? —musitó Kinley.

—Sí.

—¿Sabe por quién?

—No puedo asegurarlo, pero alguien vio, por la noche, cerca del cementerio de Norwich, una furgoneta similar a la de aquella fotografía de Cross Lañe.

—O sea que reintegraron el cadáver a su sitio… ¿Y aun así quiere vengarse?

—Quiero saber lo que hay detrás de todo esto, Kinley. A veces, tengo la sensación de que me rodea un aire de ultratumba.

—¿Y qué piensa hacer?

—Muy sencillo —dijo Luc Samoa.

—Muy sencillo… ¿qué?

—Entraré en ese club y sabré lo qué ocurre. Voy a llegar a la entraña del asunto, aunque sea lo último que haga en mi maldita vida. Y entraré en esa especie de recinto del Más Allá… esta misma noche.

CAPÍTULO XII

Mientras Luc Samoa avanzaba entre las sombras pensaba que, efectivamente, no podía haber encontrado un momento mejor. La niebla se había hecho tan espesa que no se distinguía apenas nada. La sensación de soledad resultaba total, de forma que uno podía llegar a tener la sensación de que había puesto los pies en otro planeta.

Para cualquiera que no conociese el camino, aquello era difícil, porque no se podía ver en qué sitio ponía uno los pies. Además, dado lo avanzado de la hora, las luces amarillas del club habían sido apagadas. Avanzar por allí era como meterse en un océano tenebroso.

Pero Luc Samoa había estudiado el terreno en un plano topográfico y tenía grabados en la memoria hasta los menores detalles. Eso no resultaba nada extraño, porque un corredor de pista y de moto-cross como él, necesitaba tener una larga práctica en esa clase de observaciones. Luc podía meterse un plano en la cabeza y analizarlo como una computadora.

Por otra parte, el sargento Kinley le había dado, también, algunas explicaciones suplementarias. Y había acordado con él que le telefonearía cuando supiese algo de lo que ocurría en aquel extraño club de la muerte.

Porque la policía no podía intervenir allí. No había ninguna prueba que le autorizase a efectuar una investigación y mucho menos un registro.

Luc llegó ante la entrada.

Conocía aquello, como si lo viese a la luz del día.

La verja, en primer lugar.

No era difícil saltar por ella, puesto que, además, no tenía sistema de alarma. Kinley le había informado muy bien de eso.

Luc Samoa se metió, entonces, en los terrenos del club. Sus pies

empezaron a pisar la mullida hierba.

Las mesas que normalmente estaban en el jardín habían sido colocadas a un lado, pero destacaban levemente entre la niebla a causa de su color blanco. Le sirvieron de guía para llegar al porche.

Subió a él.

Tres peldaños.

Ni un rumor.

Ni el sonido de su propia respiración alteraba el aire.

La niebla era allí más espesa, más concentrada que nunca.

Pero encontró la puerta.

Diríase que el club estaba vacío y que lo había estado siempre. No se distinguía una luz ni se escuchaba un sonido.

Con un juego de llaves falsas que el propio Kinley le había proporcionado, el joven empezó a maniobrar en la cerradura. Lo hizo con calma y metódicamente, puesto que disponía de toda la noche. Pero sólo necesitó unos diez minutos, porque, después de todo, la cerradura no era tan complicada.

Una habitación oscura se extendió, entonces, ante él.

La conocía en parte, porque había visto fotografías del club, pero se sintió desorientado. Hubo de ir palpando los muebles, uno a uno, como un ciego, a cada paso que daba.

Así llegó a las escaleras que daban al sótano. Pensó que la puerta estaría cerrada y que habría de maniobrar, también, en ella.

Pero tuvo una sorpresa al darse cuenta de que también estaba abierta. Por lo visto, allí no adoptaban precauciones.

¿Por qué? ¿Es que no tenían nada que ocultar? ¿Quizá él estaba confundido por completo y seguía una pista falsa?

Fue contando los escalones mientras los bajaba. Una sensación de soledad y de vacío le envolvió. Volvía a parecerle que allí jamás había vivido nadie.

Llegó, entonces, a un pasillo.

Avanzó, tanteando las paredes.

Ese pasillo terminaba en una enorme puerta de aceró.

Daba la sensación de ser la puerta de seguridad de una gran caja de caudales. Luc la palpó.

Y entonces volvió a tener la sensación de lo sobrenatural.

Porque esa puerta empezó a girar sobre sus goznes, lentamente.

* * *

¡Se estaba abriendo!

¡Había bastado con palpar el bloque de acero para que la entrada quedase franqueada!

Luc Samoa intentó hallar una explicación y, al fin, pensó que quizá ésta era muy sencilla. La puerta podía abrirse por medio de células magnéticas que debía haber a cada lado, y que funcionaban con independencia de la luz, cada vez que una masa sólida pasaba entre ellas, de un modo similar a como sale despedida la tarjeta de un *parking* cada vez que un coche pasa ante la máquina, alzándose la barrera de una forma automática. No debía haber, allí, ningún misterio.

Pero ahora sí que no sabía dónde estaba. Tenía la sensación de haberse metido en su propia tumba, no obstante lo cual siguió avanzando.

Aquel pasillo parecía no tener fin.

Luc Samoa hubo de palpar las paredes para saber, al menos, por qué clase de sitio avanzaba.

La oscuridad más impenetrable y angustiosa le rodeaba.

Y entonces tocó algo. Tocó… ¡La cara fría y espantosamente quieta de un hombre!

CAPÍTULO XII

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Luc, pese a estar éste preparado para cualquier cosa. Le pareció que, de pronto, se había metido en un cementerio, una especie de siniestro mausoleo donde los muertos estaban en pie, acechándole a un lado y otro, rodeándole, viéndole…

Pero dominó la sacudida de sus nervios.

Tocó, mejor, aquella cara.

Y, de repente, estuvo a punto de lanzar un grito.

Porque, en cuestión de un segundo, todo cambió.

Porque el pasillo se iluminó de repente.

Chorros de luz brotaron por todas partes. Luc Samoa quedó encogido unos instantes, teniendo la sensación de que había caído en una trampa mortal.

Pero nada ocurrió.

El silencio seguía rodeándole. La sensación de ser el único habitante del planeta aún le dominaba.

Al abrir los ojos, que había tenido que cerrar a causa de la sacudida de la luz, se dio cuenta de que, en efecto, se encontraba en un pasillo que era, en realidad, la prolongación de una especie de cámara acorazada. Y en aquel pasillo bruscamente iluminado había varias mascarillas hechas con materia suave y plástica, extraordinariamente parecida a la piel humana. Al tacto, en la oscuridad, parecía tejido vivo, realmente, y ésa era la sensación que había tenido él. Una sensación que no resultaba extraña de ninguna manera, pues se han logrado calidades de plástico extraordinariamente parecidas a la piel, especialmente por parte de los que fabrican muñecas inflables para los maníacos del sexo.

Las mascarillas eran unas doce.

Hombres y mujeres.

Formaban una especie de museo que, no se sabía bien por qué,

tenía algo de macabro.

Pero si asombrosa era la presencia de aquellas mascarillas allí, más asombrado quedó Luc Samoa al reconocer algunos de aquellos rostros. Al darse cuenta de que todos pertenecían a personas muertas en extrañas circunstancias, unas circunstancias tan extrañas como las que habían presidido la muerte de los tres asesinos de Norwich.

Porque los rostros de aquellos hombres y mujeres expuestos en el pasillo, eran de asesinos o de sospechosos de asesinato que, por una causa u otra, no habían pagado sus culpas ante la ley. Monstruosos violadores absueltos por falta de pruebas; madres convertidas en fieras humanas y que habían matado a sus hijos en circunstancias horribles, a veces simplemente para que el amante de turno se divirtiera; mujeres que por esa causa habían ido a parar a manicomios de los que salieron muy pronto; secuestradores que mataron a sus víctimas después de cobrar el rescate, y que nunca fueron hallados por la policía; ladrones de los que matan antes de pronunciar una sola palabra y que los jurados absolvieron inexplicablemente; maníacos sexuales que terminaban sus orgías con la muerte de su compañera de turno, y de los que también se había dicho que no eran responsables de sus actos; asesinos, en fin, huidos de sus prisiones y de los que nunca se volvió a saber nada.

Todos ellos estaban allí, en aquella galería macabra. ¿Pero por qué? ¿Qué significaba eso? ¿En qué clase de mundo acababa de entrar Luc?

Este hubo de dominar una sensación de vértigo para poder seguir andando. No acababa de entenderlo. Llegó, entonces, a unas escaleras que parecían llevar al piso superior, es decir a la planta baja del club.

También la puerta de aquel lado estaba blindada, pero también se abrió con sólo rozarla, como si nuevamente hubiera funcionado un mecanismo magnético. Luc la atravesó y se encontró, entonces, en el sitio más extraño que hubiera podido imaginar.

Pero que, al mismo tiempo, en circunstancias normales, no hubiera tenido nada de extraño. Porque era una magnífica sala de actos, nada menos que el centro social más importante del club.

Allí había, en la pared de preferencia, una serie de cuadros. Seis magníficos y solemnes cuadros.

Y debajo de todos ellos una gran inscripción:

«HONREMOS A NUESTROS MUERTOS».

Eso tampoco hubiera tenido nada de extraño, realmente. Porque en bastantes sitios hay recordatorios así.

Pero lo escalofriante era lo otro. Era el hecho de que todos los muertos estuvieran allí. Sentados en tomo a una mesa. Mirándole fijamente.

Poco a poco se pusieron en pie y avanzaron hacia Luc Samoa.

Lentamente, como una marea implacable.

Como una fuerza del Más Allá.

Como la propia muerte.

* * *

El sargento Kinley estaba en su butaca favorita, con los nervios destrozados, masticando materialmente la boquilla de su pipa cuando, de pronto, sonó el teléfono. De un salto se colgó del auricular.

—Diga… ¡Diga!

Una voz tranquila, metálica, una voz que él conocía bien, le contestó desde el otro lado del cable:

—Sargento, soy Luc Samoa.

—¡Ah, infiernos, ya era hora! ¿Desde dónde me llama?

—Desde el club.

—Pero… ¿pero cómo se atreve?

La voz dijo, tranquilamente:

—No hay nada de especial, Kinley. Lo he revisado de punta a punta, y aquí no hay absolutamente nada que llame la atención. Creo que lo siento, pero me parece que he hecho el ridículo. Olvídese de este club y de todo, ¿sabe? Es una tontería.

—¿De veras? No sabe lo que me alivia —susurró el sargento—. Deseo con toda mi alma creerle… Es como el fin de una pesadilla.

—Pues ya ha desaparecido, sargento. Y yo también voy a desaparecer, pues no tengo nada que hacer aquí. Lo de Lilian fue algo que más vale que olvide, puesto que jamás encontraré a los responsables y además, en el fondo, tampoco tuvo tanta importancia. Me iré por algunos años a Norteamérica y es posible que en un tiempo no vuelva a saber nada de mí. Perdone, sargento, y olvídese de todo esto. Por cierto… ¿no le convendría pedir el

retiro?

Y Luc Samoa colgó.

Miró con expresión tranquila, en la habitación rectangular, al hombre que había empezado a hacer, con la mayor rapidez, un boceto para su retrato.

Armstrong, el boxeador, dijo con voz tranquila:

—No será difícil fingir un accidente de avioneta sobre el Canal de la Mancha, Luc. Nunca te encontrarán.

Y Rig, el campeón motorista, susurró:

—Vivir en el club es a veces aburrido, pero todos los socios nos respetan y nos quieren. Todos guardan, además, el más escrupuloso secreto, ya que son gente muy escogida; y si no todos son capaces de hacer nuestro trabajo, al menos nos apoyan y nos encubren. Tú serás uno más. Estamos orgullosos de haber encontrado un hombre como tú.

—Intentaré no defraudaros —musitó Luc, sonriendo—. Seguro que no nos defraudarás —dijo Tuc, el corredor de fondo—. Estarás a nuestro lado, en esta extraña soledad de los hombres justicieros, porque sabes que tenemos que llegar adónde no llega la ley. Porque, de lo contrario, ya no habrá nada seguro en este mundo: el crimen nos devorará. Porque el criminal siempre encuentra quien hable por él, pero nosotros somos la voz de las víctimas, la voz olvidada de los muertos. Rig lanzó una carcajada, mientras añadía:

—Te advierto que en la casa del cementerio tampoco se está tan mal. Y, de vez en cuando, los días en que solamente los socios están por aquí, nos entrenamos de lo lindo.

Luc sonrió y encendió un cigarrillo.

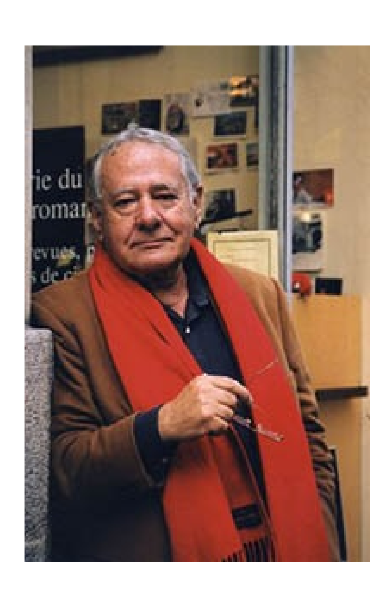
El que había empezado el cuadro, musitó:

—Quítatelo o no acabaré de hacer el boceto nunca. Un retrato funerario es algo muy serio.

—Lo sé —dijo Luc Samoa, mientras tiraba el cigarrillo—. Y a ver si te esmeras. Quiero tener un magnífico aspecto después de muerto…

Más allá del edificio, más allá de las ventanas cerradas, la niebla se iba despejando lentamente.

FIN



SILVER KANE, seudónimo de Francisco González Ledesma (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a Sombras viejas. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en El Correo Catalán y, más tarde, en La Vanguardia, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica Los Napoleones y en 1983 El expediente Barcelona, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En

1984 obtiene el Premio Planeta con Crónica sentimental en rojo y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Con el seudónimo de Enrique Moriel ha publicado La ciudad sin tiempo (2007) y El candidato de Dios (2008).